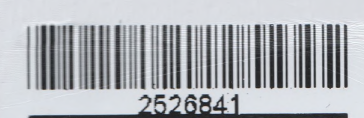
Las Trampas del Tiempo

Mauro Barboza





Ediciones Cruz del Sur

Las Trampas del Tiempo



Ediciones Cruz del Sur

ISBN: 978-9974-8101-0-5
Diciembre de 2007

ÍNDICE

LA NOCHE DE LOS TÁRTAROS

Unos labriegos se afanaban sobre una carreta repleta de leña que quería llegar bajo la protección de las murallas antes que las sombras se extendiesen sobre toda criatura con su insoportable carga de amenazas.

Girolamo Rainaldi observaba el campo difuso desde la alta torre. Distraída, melancólicamente, se preguntaba cuanto tiempo pasaría: días, horas quizás, antes que aquella paz somnolienta se viera arrancada de nariz y pisoteada por una ola furiosa de cascos, alaridos y armazones de madera, por crujidos, insultos y bufidos provenientes de un mar salvaje y desolador de rostros amarillos.

Lenta y pesadamente descendió las angostas escaleras de piedra que contorneaban la torre mirándose mecánicamente los pies. Las sombras de la muralla iban cubriendo la ciudad y le pareció que se hundía en una fosa oscura que lo iba tragando, y con él su mundo, su familia, todo lo que conocía y amaba. Trató de sacudirse la pesadumbre que lo oprimía, de olvidar lo que sabía, lo que ya no podía ser negado ni olvidado de ninguna manera. La derrota del rey de Hungría había dejado abierta la puerta de los Balcanes a las hordas mogolas, "los enviados del Tártaro", como los había bautizado el Papa, verdaderos demonios arrancados de las estepas de Asia que se derramaban por cientos de miles sobre las tierras del Adriático dejando un sedimento de muerte y desolación. Las avanzadas habían sido avistadas corriendo ululantes por las campiñas cercanas, asolando pequeños poblados, pasando a cuchillo

a los campesinos: hombres, ancianos y niños, exceptuando de la masacre sólo a mujeres jóvenes, a las que esperaba una suerte aún peor...
Girolamo había combatido a las órdenes del Duque de Silesia, y se había batido valientemente hasta que la derrota de Liegnitz lo había obligado a replegarse hacia su patria con unos pocos sobrevivientes. Era la suya una ciudad pequeña, donde había vivido cómodamente hasta poco antes ejerciendo su oficio de arquitecto. Su deseo desesperado al regresar había sido sacar de allí a su familia, llevándola por tierra hasta Ragusa, y desde ahí por mar a Italia, donde pudieran estar a salvo, al menos durante algún tiempo. Demasiado tarde. En medio de febriles preparativos le sorprendió, a él y a quienes pensaban acompañarlo, la noticia de que Ragusa había caído, las avanzadas mongoles estaban por todas partes y ya no se podía ir a ningún lado: la Muerte galopaba por los campos.
No pudo evitar un estremecimiento. Luego pensó que quizás, con algo de suerte, la horda pasaría lejos y no se desviaría hacia su ciudad. ¡Eso era!, una cuestión de suerte... Hacia el sur existían ciudades antiguas y ricas, un botín mucho más abundante y apetecible. Sin embargo ciertos fulgores de hogueras enormes avistados en el horizonte la noche anterior no le permitían ser optimista. Los fuegos de vivac de un gran ejército le habían advertido que estaban a unas pocas horas de la ciudad, y bien sabía que los mongoles no desperdiciaban ninguna presa posible y no dejaban enemigos tras de sí, sólo tierra arrasada. No quería hacerse ilusiones, y sin embargo la esperanza,

siempre la vieja y querida esperanza le hacía retomar la idea... Si pasaran de largo en su camino hacia el sur, o hacia el norte, porque en realidad ¿adónde iban, cual era su plan, que laberinto tejían sus andanzas, como no fuera el saqueo y la destrucción?
En estas cavilaciones llegó a su casa, adónde le habían conducido distraída pero seguramente sus pasos. El aroma del jardín, el suave olor de los lirios y el más penetrante de azahares y jazmines le hizo sentir que estaba en un territorio conocido, volviéndolo a su presente. Se deslizó entre cortinados y tapices, dejándose envolver por la calidez amable y amada de aquel refugio atemporal, donde regresaba siempre después de sus viajes y fatigas para templar el ánimo y la fe, rodeado de sus afectos más caros y amparado por los antiguos lares. Allí se sentía la presencia protectora de sus antepasados, allí soñaba siempre con proyectarse a través de sus hijos, extendiendo su linaje y su prestigio, asegurando su permanencia. De golpe una horrible visión lo conmovió y lo hizo detenerse paralizado: como en una pesadilla vio las ricas telas arrancadas de las paredes, los ornatos destrozados, armarios y cofres saqueados, los queridos objetos familiares esparcidos y rotos, estrías sangrientas quebrando la simetría de los hermosos mosaicos bizantinos, y el fuego, no el fuego amigo, el pequeño y manso fuego doméstico, sino el fuego destructor, el fuego del Averno, devorando lo que había sido su hogar, destruyendo todo vestigio de su tránsito mortal.

Estático, dolorido, los ojos abismados en ese angustioso devenir, sintió voces tiernas y unas manos pequeñas que lo asían del gabán y lo traían hacia ese presente que lo requería y le deba la bienvenida. Tomó amorosamente a sus hijos en brazos, un niño y una niña, trató de sonreír y entró al comedor, donde le esperaban la comida humeante y el rostro suave y atractivo de su esposa, en cuyos ojos advirtió una vez más aquella devoción que era espejo de la suya. Algo casi explotó dentro de su pecho, pero pudo recuperarse. Ya había decidido ahorrar a los seres que más quería el terror y la agonía de aquellas horas cargadas de funestos presagios. Comió, bebió, quizás un poco más que otras veces, luego jugó con sus hijos, los acostó para alegría de los niños, pues era algo que rara vez hacía. Luego acarició y amó a su mujer como cualquier otra noche, pero esa vez no durmió...

Aunque era creyente la perspectiva de otra vida no lo aliviaba de la angustia ni la amenaza de aniquilación que pesaba sobre los suyos. Nunca se había detenido a pensar profundamente en el sentido de esta existencia. Había aprendido desde muy niño la verdad revelada y creyó, como todos, que existía un orden divino, y que más tarde o más temprano los hombres eran premiados o castigados según sus méritos. Trató en consecuencia de vivir cristianamente, siempre dentro de ese universo cerrado por la fe que amurallaba sólidamente su existencia. Pero ahora ese mundo amenazaba desmoronarse ante esas masas rugientes que acechaban su cultura, su vida y su fe misma. Por fin, necesitando creer en algo o alguien capaz

de regir el universo de acuerdo a un orden medianamente lógico y justo, se entregó fervientemente a la oración, y consolado en parte, pudo cerrar los ojos con las primeras luces del alba.

Los enviados del Tártaro no tardaron en llegar. A la mañana siguiente los gritos y la animación de los centinelas lo llevaron rápidamente hacia las almenas y allí estaban. Una horda de dos o tres mil hombres a caballo se apiñaba a algunos cientos de metros. Hablaban desordenadamente entre sí y señalaban la ciudad. Se veían y se oían agitados, exaltados. Ya presentían sin duda la sangre y el pillaje, ya marcaban los puntos del asalto y olfateaban el botín, seguros, convencidos del poder irresistible de su número infinito y el efecto paralizante de su aterrorizadora violencia. A aquella distancia podía apreciar las toscas armaduras, los mantos de pieles, y adivinaba el brillo cruel y codicioso en los ojos pequeños. De pronto la horda se agitó y a un ademán se precipitaron a todo galope hacia la ciudad, gesticulando y profiriendo horribles alaridos que suspendieron duran te un momento a la gente apiñada en las murallas, antes de que atinaran a preparar arcos y lanzas, tantearan las espadas y echaran mano a las piedras acumuladas junto a las almenas. Pero el grupo de hábiles jinetes corrió a lo largo de las murallas ululando y enarbolando sus lanzas y banderas, y luego fue a instalarse sobre una colina, insolente y satisfecha de la impresión causada.

Con el correr de las horas el número de sitiadores se fue incrementando. Continuamente se sumaban nuevas partidas

de hombres hirsutos y nerviosos. Llegaron también carretas y mulas cargadas, y pudo ver como se iban instalando hasta tan lejos como alcanzaban los ojos. Vio elevarse las tiendas de cuero, algunas más pequeñas, otras más grandes, enormes, destinadas sin duda a los horcones, los jefes de diez mil, a horcajadas sobre las estructuras de madera y cuyos centros o cumbres pronto dejaron escapar el humo de las hogueras. Contó una decena de estandartes que denunciaban a los horcones, lo que hacía una proporción de diez a uno respecto a los hombres disponibles para la defensa. Al anochecer llegó hasta la ciudad la algazara demencial, detrás de la cual podía adivinarse el abundante consumo de bebida fermentada. A ratos una ráfaga de viento traía el olor de la carne quemada, junto con el hedor de los cueros a medio curtir y el rancio tufo de hombres y caballos revueltos, que como un miasma envolvente extendía y anticipaba su poder sobre la ciudad.
Rainaldi sintió que la esperanza de desvanecía y casi previó el resto: los embajadores llegarían puntualmente a la mañana siguiente portando la inaceptable propuesta de una rendición incondicional, haciendo promesas de una increíble misericordia. Aunque se rindieran dócilmente existían pruebas sobradas de lo que pasaría : arrasarían iglesias y palacios, entrarían arrogante y bruscamente a todas las casas y se alzarían con cualquier cosa de valor, tomarían a las mujeres que les apetecieran, y cuidado con que sospecharan que se les ocultaba algo, bastaría con una chispa, un pequeño incidente, una mirada rabiosa, un gesto de odio contenido o de mínima resistencia para que

aquellos demonios, para los cuales no bastaba el pillaje sino que necesitaban también la violencia, desataran la matanza, la orgía de sangre que remataba siempre sus conquistas. Y una vez que empezaba ya nada los podía contener. No, lo único posible era la resistencia, luchar hasta el final, como Masada o Numancia, esperando mientras tanto un improbable milagro. Con un estremecimiento le vino a la memoria Bagdad, mítica y desafortunada ciudad, donde noticias llegadas poco antes denunciaban la muerte de un millón de personas, masacre inigualada hasta entonces y causada por la Horda de Oro, una parte de la cual cercaba ahora sus propios muros.

Apartó como pudo estos fúnebres pensamientos, un poco porque no quería pensar en la muerte, y otro tanto porque el heroísmo póstumo no lo consolaba, y caviló sobre cuál debía ser su actitud, en como debía afrontar las horas que lo separaban del previsible final.

Se reafirmó serenamente en su decisión de ahorrar a los suyos tanto como fuera posible el terror y la agonía, el dolor y la conciencia de lo inevitable. ¿Cuánto tiempo les quedaba? ¿Días, semanas, algunos meses quizás? Resolvió vivir esas horas tan intensamente como pudiera, ocultando a su familia su propio desgarramiento y disfrutando los preciosos dones que hasta ese momento le habían sido otorgados. Entendió o quiso entender que ante la eternidad unos cuantos días no eran esencialmente distintos a unos cuantos años, que un instante de plenitud constituye un absoluto que equivale a los decenios lentos, que en el correr de los siglos una cosa y otra serían exactamente lo mismo.

Los días siguientes transcurrieron como había previsto. Se sucedieron las embajadas inútiles, las propuestas inaceptables e inaceptadas. Los invasores no se conformaban con el pago de tributos tan elevados que prácticamente hubieran dejado la vida como único bien. Sólo aceptaban una rendición incondicional, querían entrar a la ciudad y disponer de ella. De manera que antes de una semana se iniciaron las hostilidades a lo largo de la muralla. Era una ciudad relativamente pequeña, pero bien fortificada. Girolamo había trabajado intensamente en los días previos dirigiendo el apuntalamiento de algunos sitios débiles de las defensas, había construido canales que desembocaban debajo de la muralla, anegando las partes bajas y limitando así el frente de ataque. Hasta había hecho fabricar rampas para facilitar el traslado de los soldados de un punto a otro de los muros. En otras circunstancias se habría sentido satisfecho de su trabajo, pero ahora tenía la convicción de que no había defensa suficiente, que se prolongaba una situación que no tenía remedio, aunque naturalmente, estaba dispuesto a ganarle cada minuto que pudiera a la muerte.
Los primeros intentos fueron de tanteo. Un grupo numeroso de mongoles se instaló frente a las murallas y disparó sus flechas, mientras muchos acercaron las rústicas escaleras y trataron de escalar los muros. Los soldados usaron pértigas para derribarlas y arrojaron piedras y dardos que cobraron algunas víctimas. Los defensores estaban aún enteros, y los mongoles se retiraron prudentemente. Pero luego llegaron las torres de asalto, los arietes y las catapultas, manejados

por los chinos traídos de la ignota Kambalú, expertos en asalto de murallas. La resistencia se hizo cada vez más difícil ante el continuo desangramiento de los defensores, para los que no había reposición posible. Por cada turanio que caía otro tomaba inmediatamente su lugar, mientras en las murallas cada vez eran más notorios los huecos entre los hombres que poblaban las almenas. Cuando los agresores se apiñaban junto a las murallas semejaban una muchedumbre de hormigas carniceras precipitándose hacia una presa, un río oscuro y movedizo que no se detenía jamás, seguros de su número y su poder.

Durante aquellos días Girolamo trató de repartir su tiempo lo mejor que pudo entre su casa, el Palacio de Gobierno y las murallas. Discutió intensamente en el Consejo del Podestá, donde tenía su silla ganada desde hacía varios años, muy cerca de la cabecera. Dirigió la defensa en el sector que le fue asignado, planos en mano ordenó los movimientos estratégicos, lanzó piedras y dardos vociferando como un poseído, y en los breves lapsos de descanso retornó a su casa para renovar cada vez los gestos de un amor y una piedad infinitas que a un tiempo lo alimentaban y lo corroían. En esos escasos momentos amó apasionadamente a su mujer, como nunca antes quizás, pero sobre todo prestó a sus hijos una tierna y dedicada atención. Jugó con ellos, prolongó cada velada inventando para ellos planes y propósitos, creando vidas posibles, sin perder jamás la paciencia ni dejar aflorar su íntimo horror al futuro. Descubrió y fijó en la memoria los gestos, las sonrisas, las palabras, porque sabía que esa era

la forma que conservarían para la eternidad, que no habría otra posible. Era sin duda un a conducta extraña la suya, pero era la mínima compensación que pretendía darles por todo aquello de lo que habrían de ser despojados: una vida adulta, un lugar en el mundo, el derecho a ser eslabones en la cadena infinita de la vida.

Claro que ese microcosmos tibio y protegido que trataba de crear para ellos se veía amenazado, casi se derrumbaba cada vez que un llamado urgente obligaba a dejarlos y correr a tomar su puesto en las altas torres. En esos momentos la realidad penetraba escurriéndose por techos y paredes para ir a depositarse, fúnebre y espesa, en los rincones oscuros de la mansión. La angustia se apoderaba entonces de todos los corazones, grandes y pequeños.

Cuando el desastre se hizo inminente, cuando los latidos de la ciudad se adelgazaron hasta casi detenerse, cuando la muerte, el hambre y las enfermedades se enseñorearon de las calles, trató de cerrar aún más el circulo protector. No fue tan difícil. Prohibió a los de la casa cualquier excursión más allá de las tapias, donde los signos del desastre y la agonía hubieran sido demasiado evidentes. Para ello bastó mencionar la posibilidad de una peste, amenaza siempre presente por aquellos días, sobre todo en las ciudades sitiadas. Su mujer presentía la verdad, el final próximo, pero cerró los ojos, cómplice, dejándose llevar y llevando sus hijos a aquel mundo de fantasía que el construía cada noche, inventando auxilios próximos que nunca llegarían, recursos que no existían, murallas inexpugnables y ejércitos amigos. Repitió tantas veces estas historias que el mismo

llegó a creerlas a veces, con la ayuda de su esposa, que creyó o fingió creer, y que renovaba cada día sus muestras de confortación, de afecto y de contenida alegría. Intuyó las huellas de un llanto secreto, pero evitó cuidadosamente mencionarlo. Necesitaba creer que había establecido una situación sutil y única, un espacio y un tiempo al margen de la angustia y el terror, un instante inviolable y con la permanencia de las cosas perfectas. Y la convicción de que estaba actuando correctamente se afirmaba cuando desde el guardado jardín llegaban las risas volatineras de los niños que jugaban en la glorieta, entre flores y frutales, toda aquella belleza fugaz e irrepetible ...

Más pronto de lo que esperaba, llegó el final. Las raleadas filas de defensores ya no soportaban el peso de la batalla. Nadie acudía a cubrir el puesto de los que caían. Los sitiadores habían advertido ese inexorable desgaste y no querían perder tiempo. Muchos eran los indicios que indicaban que se preparaban para el asalto definitivo. Así lo hacían prever la concentración de hombres que regresaban de sus correrías, la acumulación de materiales de asalto en algunos sitios de la muralla, todo eso y la calma espesa que anticipa el huracán. Ya nada se podía hacer. Los espías confirmaron lo que presentían: el día siguiente sería el último de sus vidas. Se proponían el asalto y el arrasamiento de la ciudad como ejemplo para otros, una estrategia habitual entre los tártaros. Se convocó a un Consejo urgente y estalló entre ellos una gran discusión. Algunos pretendían rendirse invocando clemencia, y no

los guiaba la cobardía, sino la esperanza de que algunos, sobre todo niños, mujeres y ancianos pudieran sobrevivir, ya que sabían que los combatientes estaban de por sí condenados. Otros se negaban y proponían resistir hasta el último hombre, mujer o niño, que era el único final digno y que cualquier otro desenlace era peor que la muerte.
Girolamo Rainaldi estaba entre estos últimos. Se dividieron en dos bandos inconciliables, y algunos estuvieron a punto de esgrimir las armas entre ellos mismos, lo que hubiera sido absurdo en esas circunstancias. El propio Girolamo expuso su causa.
- Ciudadanos- dijo-, ¿quién de vosotros soportará vivir unas horas más sólo para ver nuestra orgullosa ciudad arrasada, nuestras familias humilladas, vejadas, conducidas como ganado para el comercio y el matadero?- Se sorprendió de la serena convicción que emanaba de sus palabras, su voz recia y segura, que no se quebró mientras proponía su propia sentencia de muerte.
Dijo que todos, invasores e invadidos eran iguales ante la eternidad, y que aquello que los hacía diferentes, la forma en que habían vivido, su fe, sus ideales, sólo se invalidaba si no sabían bien morir, si pretendían prolongar vanamente su existencia al costo de la humillación, la miseria y la esclavitud. Que la mayor muestra de amor por la vida era saber abandonarla conservando intactas su pureza y dignidad.
Cuando abandonó la asamblea lo hizo acompañado de un reducido grupo de seguidores que como él, ya habían tomado su decisión.

Una vez más sus pequeños hijos corrieron a su encuentro apenas lo vieron trasponer el umbral. En sus ojos infantiles ni por asomo se infiltraba la sombra del horror. Al contrario, brillaban de contento ante la presencia de su padre, a quien en los últimos días habían visto muy poco, ya que su presencia en las murallas era cada día más necesaria. Claro que a cambio lo sentían más próximo y afectuoso que nunca. Mientras hincaba una rodilla para abrazarlos levantó su mirada hacia su mujer, en cuyo rostro advirtió una sutil demacración, resultado de llantos secretos y privaciones, que ella pretendía ocultar con una tierna sonrisa y algunos sabios toques de maquillaje. Recordó que esa sencillez y esa dulce sonrisa lo habían seducido desde que eran niños, antes inclusive que los sacudones de la pubertad le hicieran descubrir la profundidad de su amor. En ese rincón del espacio y el tiempo renovó los ritos de cada noche. Jugó, cantó, contó historias, luego retiró de la despensa lo mejor de las casi inexistentes reservas y las compartió entre bromas y exclamaciones. Agregó incluso un néctar inesperado, una botella de vino añejado que había heredado de alguien que ya no podría aprovecharla. Paladeó cada copa con fruición, gratificando sus sentidos, sin pensar en el mañana, insistió en que su esposa lo acompañara, hasta permitió que sus hijos bebieran un sorbo de aquella bebida prohibida, celebrando gozosos la trasgresión. Luego, con las llamas del hogar alumbrando lo que en otros tiempos hubiera sido una perfecta escena familiar, contó una bella historia. Era la antigua historia de un hombre que volvía de una guerra larga y fatigosa,

una guerra que no había buscado ni querido, pero que lo envolvió y lo arrastró lejos de los suyos. En esa guerra pudo conocer de cerca los efectos de la codicia, la soberbia y la crueldad bestial de los hombres, de algunos hombres, a veces de muchos hombres. Y fue uno de los mejores y el más astuto e inteligente entre su pueblo, porque así se lo ordenaba su sentido de la lealtad y el deber. Y narró también su regreso victorioso comandando una nave veloz y atrevida, al mando de cincuenta leales compañeros, que tenían tanta fuerza y destreza para las armas como para los remos. De cómo el azar los empujó indeseadas aventuras, cómo los depositó en una remota isla, de cómo una hermosa reina de origen divino le ofreció a aquel hombre un don que todos ansían, el de la vida eterna, y cómo lo desechó porque lo atraía un llamado aún más fuerte, la necesidad de volver a su tierra, junto a su esposa e hijo, sus antepasados, sus amigos; eligió volver allí donde sentía que pertenecía, que había momentos humanos tan gratos y perfectos que valían para siempre, que la eternidad podía condensarse en un instante de perfección.

- Como ahora- dijo, y calló, casi quebrado por la emoción. Pero rápidamente se repuso y terminó aquella historia que tenía un final feliz, final que no quiso negar a la avidez de los rostros infantiles, ya que aquel hombre, aquel héroe legendario, había logrado triunfar sobre todos sus enemigos recuperando así el derecho a la felicidad.

Cuando los bostezos le advirtieron que la hora había llegado llevó a los pequeños a sus camas y los acunó con infinito y dolorido afecto. Regresó luego junto a su mujer,

que nada preguntó, se había acostumbrado a vivir sólo un instante a la vez.

En esas horas guardadas para ella volvió a ser el amante tierno y fuerte de la primera noche, quiso vivir y hacer vivir ese momento de eternidad, esa bendición entregada por Dios o la Naturaleza a cada hombre o mujer, quizás como compensación por su efímera condición. Después de estas expansiones solía dormirse, aletargado, en otros tiempos por la felicidad, en los últimos por el cansancio y la necesidad de no pensar. Pero aquella noche era distinta. Su pensamiento voló, buscando una respuesta, y se posó acá y allá, trayéndole las imágenes de su vida. Repasó los días no siempre azarosos que lo habían conducido hasta esa noche. Se preguntó si alguna vez los hombres podrían aguardar tranquilamente el sueño y el reposo sin el temor del dolor y la destrucción acechando a sus puertas. Como cristiano no pudo dejar de inquirirse si había vivido bien, si no estaría pagando ignoradas culpas, por alguna especie de justicia inmanente. Se dijo y se repitió que había querido ser justo, que no había cometido actos de traición o crueldad, ni había sido más ambicioso de lo necesario. ¿Qué culpa había tenido entonces para estar allí, él y su familia, en esa ciudad cercada y condenada? Se detuvo en su ciudad. Quiso verla como una comunidad justa, abierta, donde las leyes de

Dios y de los hombres se cumplían sin violencia. Quiso rescatarla en el esplendor de sus palacios, de su hermosa y sólida catedral, en la cual ya se insinuaban las líneas esbeltas de las nuevas concepciones arquitectónicas,

volvió a ver las damas y caballeros lujosamente ataviados, los caballos enjaezados con sus palafreneros engalanados, los estandartes al aire, la alegría, la grita, las trompas y timbales, los rostros iluminados en días de fiestas y torneos. Pero empecinadamente se colaron también cosas que alguna vez amenazaron sus sueños, hasta que consiguió reducirlas a esa semipenumbra de la conciencia donde se envía aquello que lastima y que no se puede modificar. Más allá de los jardines imperiales y los mármoles italianos vio un laberinto de sucias callejuelas por las que se arrastraban el desamparo, la miseria, la roña y la enfermedad, escenas repetidas en cuantas ciudades, villas y castillos había conocido. Algunas ciudades, como la suya, ostentaban orgullosamente su independencia, condición sustentada en los generosos tributos que abonaban cada año al Duque de Venetia-Giulia; pero en otras ciudades había visto muchedumbres hambrientas y desesperadas que gemían bajo la mano férrea y la indiferencia de sus reyes, duques o arzobispos, sólo atentos al lujo y la disipación, cuando no a sus guerras de orgullo y de poder, que diezmaban al pueblo en los campos de batalla y terminaban de desangrarlo frente a la mesa de impuestos. Quizás no había sido tan justo, ni su ciudad tan hermosa ni tan buena. Quizás pudo haber vivido mejor, haber hecho algo más, haber mejorado su situación en el balance final... pero ya nada podía ser cambiado.

Y con este sueño de justicia marchó al día siguiente hacia la muerte, al frente de un grupo de fraternos compañeros que al alba abandonaron la protección de las murallas y

ante el estupor de los bárbaros se lanzaron contra ellos en una inverosímil acometida.

Así lo habían decidido el día anterior, y aprovechando bien la sorpresa Girolamo cobró con el filo de su espada las vidas amadas que desde esa misma noche le estaban debiendo los sitiadores. Había preferido hacerlo así, él y unos cuantos más, porque la auto inmolación era contraria a su educación, a su fe y a su carácter. Casi sintió alivio cuando los lanzazos lo derribaron ya herido de muerte. En ese momento no lo atormentaba el dolor, sino los sentimientos. En su visión final, ya convertida su conciencia en un mínimo hilo, pudo percibir apenas una multitud de rostros asomados a sus ojos abiertos hacia lo alto, rostros en los cuales entrevió un odio brutal y una infinita incomprensión....

Horas después la ciudad se rindió, previa proclama culpando a los atacantes del alba de la larga resistencia, llamándolos sediciosos, egoístas y suicidas. Como única condición pidieron y les fue prometido el respeto a la vida, y ese mismo día la ciudad y sus habitantes fueron arrasados sin piedad, porque no estaba en la naturaleza de los conquistadores ni el respeto a la palabra empeñada ni la misericordia.

El hombre terminó de escribir, guardó en una carpeta las hojas mecanografiadas, cerró y apiló cuidadosamente algunos libros que había utilizado para asesorarse. Luego procurando no hacer ruido se dirigió al cuarto de sus hijos a los que besó rozando apenas sus frentes; estiró las

mantas, apagó la veladora y se dirigió a su dormitorio. También su esposa dormía. Se podía apreciar el cansancio y un rastro de preocupación que ensombrecían su rostro. Se acostó rodeando con un brazo la forma tibia que sin abandonar el sueño emitió un suspiro de satisfacción y se movió sutilmente para acomodar su cuerpo al otro, hasta adoptar aquella posición en la que se sentía cómoda, cálida, protegida. Sonrió y se dispuso a dormir. Sin embargo no pudo vencer fácilmente a la vigilia. Tenía demasiado presente a su personaje: ese sueño de justicia, esa indefensión ante la fuerza, la codicia, la irracionalidad...

Serían las tres de la madrugada cuando golpes furiosos en la puerta lo hicieron saltar de la cama. Escuchó corridas en la calle y en la azotea, voces destempladas:

- ¡Abran la puerta, están rodeados, abran carajo!- Antes que pudiera casi moverse la puerta cedió. Varios hombres armados irrumpen en la casa, le apuntan, lo tiran al piso, lo patean, lo insultan, y lo mismo le ocurre a su esposa... luego ingresa una mujer que sale poco después llevándose a sus hijos que aterrorizados lloran, se abrazan y gritan llamándolos. Un ronco y desgarrador suspiro se abre paso desde muy hondo y escapa por la boca ensangrentada del hombre. Mira de reojo a su compañera que llora y llama a sus hijos y a su esposo, clama por piedad, y ni siquiera entiende del todo lo que está pasando. Casi con alivio advierte que un culatazo la ha desmayado. A través de una película húmeda ve como unas manos codiciosas y brutales rompen, tiran, desgarran y van apartando las cosas de valor que hay en la casa, las que desaparecen rápidamente

en cajas y bolsas traídas al efecto. Ve las carpetas rotas, las hojas volando desde los estantes, los libros sacudidos y apilados de mala manera en un montón seguramente condenado. Luego siente que lo alzan en vilo, le meten la cabeza en una bolsa, lo llevan entre dos, ya ciego y sin nombre, ya nadie, un bulto, una cosa, y lo arrojan al piso de un vehículo. Entre golpes e insultos alguien da la orden de ponerse en marcha.

Antes de perder el conocimiento su pensamiento volvió extrañamente hacia aquel lejano y quizás por siempre olvidado Girolamo Rainaldi, a quién había soñado durante tantas noches hasta darle una forma y una existencia, y que ahora se le hacía tan real y dolorosamente próximo, tanto que pensó si aquel personaje no había sido una intuición premonitoria, el preanuncio de un destino repetido hasta el infinito por distintos hombre en distintos tiempos, y si él mismo no sería el sueño de otro hombre, igualmente soñador, igualmente deseoso de justicia, soñado a su vez por otro y éste por otro, y así sucesivamente muchos más, en cuyas puertas al caer la noche acecharían otros tártaros, igualmente eternos y despiadados.

EL LEIVA Y LA ISABELA

"Chancho flaco sueña con maizal..."

Leiva

Una invitación a la ligera que atrapé con un ágil salto me posibilitó disfrutar de unas vacaciones "diferentes"en una apartada estancia del departamento de Treinta y Tres.

Quizás debería guardarme algunos nombres de personas y lugares, adoptando aquella conocida fórmula "en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme"... pero siento que la historia perdería sentido si no fuera contada tal como ocurrió, y que los involucrados, cuyo rastro he perdido hace muchos años sabrán perdonarme por las indiscreciones y tomarlo como un homenaje si, cosa que dudo mucho, esto que estoy escribiendo llega algún día a su conocimiento.

Los ojos entre sorprendidos y desorbitados de mis prometidos anfitriones me hicieron sospechar que mi inesperada aceptación había disipado un tanto los vapores alcohólicos que embotaban su sentido común y empezaban a entender la dimensión del compromiso asumido. Incluso entendí que no iba a ser tan bienvenido como quisieron hacerme creer en aquella alegre fiesta en casa de amigos comunes, donde las palabras iban y venían ligeramente y nadie pensaba que tendrían algún sentido una vez que cada uno se retirara por su lado. Esto me provocó, me molestó y me divirtió a la vez, y me propuse castigarlos por su

ligereza cayendo de cualquier forma por aquel paraíso terrenal que me habían pintado. Era joven, era audaz, y estaba dispuesto a cualquier aventura.

Por esos días preparaba mis exámenes de ingreso a un instituto de formación docente, decisión que presentía iba a tener influencia decisiva en mi futuro, que aquel era uno de los últimos actos despreocupados e irreflexivos de mi juventud. Así que me preparé un bolso con algunas prendas ligeras y unos cuantos libros y de buenas a primera me encontré viajando hacia Treinta y Tres, o más bien hacia una estancia perdida en la pampa ondulada, en algún lugar entre la pequeña ciudad de Vergara y el mítico Pueblo del Oro, el pueblo de Dionisio Díaz, el niño héroe.

La estancia era un viejo pero atractivo casco, con pilares y jardines que hablaban de un estilo y un esplendor antiguo que relacioné vagamente con lo que había visto en la archifamosa Tara, de Lo que el Viento se Llevó. En cuanto lo vi y descubrí además los montes próximos, algunos nativos y otros artificiales, los amplios galpones y corrales, los campos poblados de animales, me di cuenta de que el viajecito iba a valer la pena, como quiera que fuera.

Traté de ser simpático e invisible, sólo a la hora de comer me aparecía por la casa.

Era verano, y tanto en el bosquecillo nativo como entre los altos eucaliptos foráneos encontré el ambiente ideal para mis caminatas y lecturas. Allí conocí y me adentré en el estudio del gran Antonio Machado, autor que debía preparar para mi examen de ingreso.

"Y el camino que serpea y débilmente blanquea...". En mi íntima relación con aquella poesía de mágicas honduras y con una naturaleza por fin revelada yo sentía que me enriquecía de una manera antes desconocida.

- Tenemos que ir a Bagé por negocios, y a visitar a unos amigos- . Estas palabras de mis anfitriones me devolvieron a tierra una semana después. Entendí que tenía que preparar mi bolsito y mandarme mudar.

- ¿Les importaría si me quedo unos días?- yo no iba a meter mis cosas en el bolsito y ¡cucha perro! así nomás- No molestaré. Comeré la comida de los peones, dormiré en uno de los cuartos de afuera, y en una semana tomaré la ONDA y volveré a Montevideo -argumenté esperanzado- más aún, ayudaré en todo lo que pueda, sé andar a caballo y puedo darle una mano a los peones, ¡y sólo por casa y comida, je, je!...

Un par días después estaba instalado en un cuarto del ala exterior, reservada a huéspedes ocasionales "no de la casa", un par de cuartitos austeros pero con las comodidades suficientes, que daba al patio de la estancia, resguardado por amplios aleros, en cuyo centro lucía un aljibe embaldosado rodeado por canteros de pensamientos, malvones y alegrías. Conmigo quedaron un par de peones, el Leiva y el Matías –es curioso, pienso ahora, no les conocí otros nombres- y dos empleadas "de casa", la Cota y la Isabela, encargadas de mantener el orden y la limpieza, además de alimentar a los animales de corral, regar y "cocinar para los hombres", rubro en el cual me hallaba obviamente comprendido. La primera era una

criolla rubiona y rotunda, de piel acaramelada por el sol. La otra, "la Isabela", era una muchachita de quince o dieciséis años, que se había terminado de criar en la estancia y cuya madre, que había echado al mundo más hijos de los que nunca había podido mantener, había terminado por ejercer una especie de prostitución encubierta en un rancho del Pueblo del Oro. Era la Isabela de baja estatura, ancha de caderas y senos redondos, justo el tipo que recomendaba el Arcipreste de Hita en "El Libro de Buen Amor", una de mis recientes lecturas. Según "el Leiva" era toda una promesa, y según la patrona, mi anfitriona, una muchachita de incierto destino, ya que a su madre, prematuramente envejecida y todavía con varios hijos a cuestas, los hombres ya no le daban la plata que necesitaba para mantenerlos, y presentía que en un plazo no muy largo la Isabela tendría que encargarse de proveer para todos.

Pero como dije antes, yo tenía que preparar un examen de esos que determinan el destino de una persona, porque marcan su profesión, sus amigos, sus objetivos. Esta vez estaba completamente decidido, así que me levantaba temprano y después del café con leche y galletas de campaña que saboreaba con la plenitud que sólo se puede sentir cuando se combinan el aire mañanero y el campo húmedo, me retiraba a estudiar bajo un alero o recostado a algún árbol ramoso. Me internaba entonces en el universo íntimo y sublime de don Antonio Machado, en el iluminado fanatismo humanista del gran español, don Miguel de Unamuno, o en los laberintos idiomáticos que me enriquecían y desafiaban en la palabra del otro grande

del 98, don Ramón del Valle Inclán, cuyo funambulesco Max Estrella, de "Luces de Bohemia", me atraía y me conmovía hasta ponerlo casi casi, al lado de Don Quijote, en el pedestal más alto de la literatura.

Pero eso no era todo, naturalmente, en aquel ambiente no podía serlo. Por encima de las páginas veía a los peones que ensillaban y desensillaban en la enramada, sudorosos y hambrientos, rodeados de perros agradecidos, y a las mujeres que polleras al viento hacían sus tareas agitadas y menudas, cargando baldes, colgando ropa, arrancando algo en la huerta, y deteniéndose a veces, entre curiosas y socarronas, todas sonrisas cómplices, para mirarse y mirarme, muda interrogación sonriente pintada en sus rostros, como preguntándose que clase de bicho raro era yo.

Esa gente me intrigaba, sus vidas tan remotas y distantes de la mía, esos seres "elementales y esenciales" como los había definido Borges eran a la vez un enigma y un desafío, una oportunidad única de enriquecimiento personal, en directo, sin intermediarios. Así que una mañana, a los tres o cuatro días, después de desayunar, pedí un caballo y me fui al campo con "el" Leiva y "el" Matías. Yo había aprendido a montar en casa de unos tíos, y si bien al principio me costó un poco armonizar el trote del caballo con mis posaderas, después de un rato me sentí en armonía perfecta con mi cabalgadura, una yegua zaina elegida para mí por ser tan mansa como un conejo, y que a diferencia de los ejemplares ágiles y nerviosos de mis mentores no se conmovía por nada. Pronto me di cuenta de que a lomos

de esa yegua estaba tan seguro como en un sillón en la sala de mi casa. Esto me tranquilizaba y me picaba un poco, pero lo acepté sin protestas, eran depositarios sin duda de severas indicaciones de sus patrones para que me evitaran cualquier riesgo o locura innecesaria de pueblero. Yo era sólo una carga, una preocupación más, pero me propuse cambiar este punto de vista y antes de una semana hacerme merecedor de un trato igualitario.

Y en los días siguientes me fui cada mañana al campo. Me seducía lo que para ellos sería rutina, pero para mí era pura aventura: los galopes a espacio abierto, el arreo de las grandes manadas de bovinos sumisos, bestias de media tonelada inconscientes de su propio poder, el ladrido urgente de los perros correteando y arrinconando animales o apurando a los rezagados, la búsqueda de novillos esquivos entre las espesas ramazones del bosque nativo, una zambullida imprescindible al mediodía en algún arroyuelo o tajamar para combatir el calor, el churrasqueo debajo de cualquier árbol, un churrasco jugoso de oveja y unos tragos de agua fresca del arroyo, a la manera de los nómades que antaño, dicen, dominaban aquellas tierras fértiles: hombres, gauchos o centauros de las pampas, luego peones sometidos al arbitrio de patrones próximos o remotos y tan desamparados de las leyes como siempre. Eso pensaba para mí, aunque no lo transmitía abiertamente, no podía ser desagradecido, y no me constaba que nadie, ni siquiera los propios implicados, pudieran entender mis ideas. Era la época del "ruralismo" y había un feroz bombardeo desde los pocos medios de comunicación que

llegaban hasta allí, digamos Radio Carve y algún ejemplar atrasado de El País, sin mencionar a los caudillos locales, todos se pronunciaban enérgica y patrióticamente contra esas "ideas disolventes y perversas de un grupo de vende patrias y traidores", los que como todos saben iban a sembrar el terror, iban a terminar con la propiedad privada y le iban a sacar sus hijos a las madres. Así que me limité a compartir aquella vida, sin ponerme en reivindicador.

A todos lados me acompañaba la mirada entre protectora y divertida de Leiva, en la cual se adivinaba claramente el pensamiento: "el pueblero ya se está creyendo gaucho de verdad", y si no lo pensaba él lo pensaba yo, sintiendo la embriaguez de las grandes llanuras y las grandes manadas vistas desde el lomo de un caballo, como un gaucho, un cowboy, un llanero, como todos aquellos tipos errantes que crearon una vasta mitología de libertad absoluta, hecha a punta de cuchillo y de coraje, sólo que yo estaba allí fuera de tiempo, demasiado tarde y demasiado lejos...

Con el Leiva, al que le gustaba charlar y tenía la sabiduría y la socarronería de los viejos criollos, fui aprendiendo aquellos días muchas cosas, algunas pintorescas, otras duras, terribles. Aprendí a distinguir en medio de una manada amorfa a un animal enfermo, a buscar en el terreno húmedo la pisada exacta para darla vuelta, pero también aprendí a enlazarlo a la carrera, voltearlo e inmovilizarlo rápidamente para extraer a cuchillo un enorme gusano blanco y rellenar a dedo el agujero en la piel con una pomada blanca y espesa que extraía de una lata de una conocida multinacional. Me seducía aquella mezcla de

superstición y ciencia, aquella realidad a caballo entre dos mundos.

Pero lo vi también cuando sorprendió a uno de los perros "de casa", de los que nos recibían ladrando alegremente cuando nos dirigíamos a los galpones- el casco principal, como las caricias, estaban vedadas para ellos, eran trabajadores, no falderos-, de los que seguían plácidamente, "galopando bajo el estribo", nuestros movimientos de cada día, de los que disfrutaban la rutina del trabajo, del éxtasis de la correría, de la persecución y el acorralamiento de bestias poderosas pero sumisas, de los que se tendían a nuestros pies al regreso, jadeantes pero felices, agradecidos por su módica ración de achuras cocidas de oveja, cuando detrás de una lomita y entre unos matorrales lo sorprendió, decía, en el preciso instante en que sobreexcitado, suponiéndose fuera de la vista humana, procedía a degollar fieramente a una oveja que se había apartado de la manada, una verdadera "oveja descarriada", pensé para mí, cuyo pastor redentor no tuvo esa vez oportunidad de devolverla al rebaño. El Corbata, nombre común entre los perros del campo que tienen una mancha blanca alrededor del cuello, parecía un collie, pero sin duda tenía algo de cimarrón, raza criolla áspera y salvaje que se adivinaba en la fiereza y el regusto por la sangre que demostraba en aquel momento.

Al grito de Leiva se paralizó, como devuelto a la realidad y nos miró, chorreando sangre del hocico abajo. El borrego, con el cuello abierto pataleaba aún debajo suyo.

- ¡Corbata, venga acá!- exigió perentoriamente Leiva, mientras se bajaba de un salto del caballo – ¡Venga acá le

digo!-.repitió con voz firme pero sin rabia ni amenaza. El perro titubeó, sacudió la cabeza como queriendo arrojar lejos de sí aquella sangre delatora, gruño un par de veces desconfiado y luego, agazapado, se sometió, esperando el castigo.

A paso ágil pero sin correr Leiva llegó hasta él, miró apenas de reojo a la oveja, extendió la mano para rascarle la cabeza y me pareció oírle murmurar un compungido "¡Ay Corbata, qué hiciste!". El perro ladeó ligeramente las entreabiertas fauces, dudando, pero luego aceptó la caricia, que tomó quizás por un perdón.

- Así que eras vos el que me mataba las ovejas... - le oí decir bajito, sin rencor, y de repente la mano que acariciaba asió fuertemente el pellejo detrás de las orejas mientras en la otra relucía el facón que describió un arco rápido y certero y se hundió en la garganta del perro, que se revolvió aterrorizado, aullante, pero la mano no soltó, el cuchillo volvió a brillar un segundo antes de clavarse nuevamente, cortando ahora sí la carótida. El Corbata cayó, no hubo lenguetazos ni mirada agradecida, ni rabiosa ni nada, se estiró convulsivamente varias veces, echando sangre a borbotones y quedó allí tendido, una mancha oscura y roja en el verde inmenso. A todo esto yo estaba paralizado, incrédulo, horrorizado. El Leiva se quedó un momento mirando el cadáver del perro e hizo un gesto fatalista que interpreté como una especie de lamentación o reconocimiento póstumo. A todo esto el cordero, ya herido de muerte, continuaba pataleando convulsivamente y trataba inútilmente de ponerse de pie. Con la misma certera

frialdad el Leiva completó la obra del perro cercenándole prácticamente el cuello, luego se dirigió al caballo y lo colgó de la grupa, cabeza abajo y aún chorreante. "Carne y cuero, nada más- pensé yo-, ¡pobre bicho!, y el perro ni eso, ahí se va a quedar, de alimento y abono para el campo, no significa nada para nadie...".

Montó el Leiva y nos fuimos callados. El sabía que yo estaba conmovido, pero había hecho lo que tenía que hacer y no había nada que explicar. Así lo entendí yo, pero le agradecí interiormente que no me dijera palabra alguna en el camino de regreso, y el también entendió mi silencio y lo respetó.

Pero esa noche en el fogón se tomó unos buenos tragos, que yo acompañé contra mi costumbre, y estuvo tan locuaz y bromista como siempre. Con ese lenguaje florido y rico en comparaciones tan propio de los hombres de campo habló de muchas cosas: de domas, de yerras, de peleas de borrachos, de mujeres. Ahí me confesó por lo bajo que estaba muy interesado en la Cota, la robusta sirvienta de épicos muslos y rostro de luna llena. Yo la encontraba un poquito entrada en carnes y así se lo comuniqué entre risas, bajando la voz para no ofender a la susodicha que con mucho ruido andaba entreverada con las ollas y platos de metal, pero que sin duda aguzaba el oído, sospechando que cuando los hombres murmuran en presencia de mujeres, es porque están hablando de ellas.

- Y, vos sabés- me respondió a las risas el Leiva-, chancho flaco sueña con maizal...-. Y con estas y otras bromas, más unas costillas frescas de cordero a las brasas

zanjamos el episodio amargo de la mañana. Creo que el Leiva se sintió aliviado de que a mí, el pueblero tierno, se me hubiera pasado un poco la impresión, porque comenzaba a tenerme cierta estima, y apreciaba mi sencillo deseo de compartir sus vidas, aunque más no fuera durante unas cortas vacaciones.

Y aquellos días reí y bromeé con la Cota y la Isabela, cuyos ojos oscuros brillaban y prometían cosas que me atraían y me asustaban. Prevenciones de tipo "pequeño burgués" (expresión muy de moda en mi círculo por aquel tiempo) o de cuño romántico (lecturas trasnochadas de Bécquer, de Zorrilla, y hasta el "M' Hijo el Dotor" de Florencio Sánchez) me retenían. Cuando me acercaba a una mujer me creía en la obligación de hacerlo con el corazón en la mano, y no sabía si podía hacerlo con aquella muchachita de campaña, con la cual sólo podía tener una relación muy acotada, un pasatiempo de verano. Temía que resultara de allí un compromiso al que no podría responder, mentir, provocar quizás un desengaño que me haría sentir miserable y desagradecido. Dos ejemplos distintos venían a mi mente. Por un lado aquel poema "Peona", de Serafín J. García, donde hablaba de la sirvientita criada en una estancia, que apenas se desarrollaba "ya andaba el mayordomo buscando un lugar donde tender tu cuerpo", imagen de una felonía que me sublevaba. La otra imagen en cambio me alentaba, el Leiva me había contado que una vez le había comprado a un vendedor ambulante, de los que todavía quedaban algunos por los caminos, una docena de anillos dorados, pura chafalonía,

pero parecidos a las alianzas de compromiso. Y munido de ese arsenal había recorrido durante años rancheríos y estancias dejando la marca. Se declaraba a cuanta criolla linda encontraba y rápidamente sacaba a relucir una de aquellas "alianzas", con lo que abreviaba los tiempos y prácticamente descartaba el rechazo. Y una vez obtenida la "prueba de amor" (¡qué tiempos!) provocaba una ruptura o simplemente desaparecía para irse en busca de otro pago, de otro trabajo, de otro amor, sin remordimiento ni culpa alguna.

- Pero ya no, ahora soy una persona seria, desde que una vez anduvieron buscándome para matarme el padre y los hermanos de una de mis prometidas, no hay que abusar de la suerte...- decía el Leiva y se quedaba muy ufano recordando con nostalgia "aquél buen tiempo pasado". Y yo me quedaba rumiando, masticando dialécticamente mis principios románticos y las urgencias de mis dieciocho años. Pero todos aquellos pruritos, según quedaría demostrado poco después, sólo existían en mi mente, teorías grises en el verde de la vida.

Así pasó una semana, en la cual alterné cabalgatas matutinas con febriles lecturas tras la inevitable siesta y veladas de fogón al caer la tarde. Jarana y risas con la Cota y la Isabela, siempre dispuestas para las bromas, sobre todo si eran de doble sentido, las anécdotas interminables del Leiva y el Matías, y yo por mi parte aportaba algunos chistes de revistas y algunas acotaciones eruditas y algo pretenciosas. Debo reconocer, de todas formas, que nunca tuve un público tan atento y respetuoso.

En ese marco percibía las miradas pícaras que se entrecruzaban la Cota y el Leiva, y dirigía a mi vez la mirada hacia la Isabela, para descubrir sus ojos fijos en mí, tiernos, inquisitivos, nada tímidos... una muda interrogación que me desasosegaba hasta obligarme a mirar hacia otro lado.

Una noche, pocos días después, churrasqueábamos alegremente acompañados de unas cervezas que yo había aportado tras una incursión al almacén del Pueblo del Oro. Las miradas brillantes, los juegos de manos y las palabras audaces cruzadas entre el Leiva y la Cota, me hicieron entender que la cosa había marchado sobre rieles, así que en un momento oportuno le susurré por lo bajo:

- ¿Así que ya está?
- ¿Ya está qué?
- ¿Y qué va a ser?, el asunto con la Cota...

Emitió una risita que resumía contento y sentimiento de éxito.

-¿Y qué te parece? Pero, ¿y vos, qué pasa con la Isabela, te estás haciendo rogar?

- ¡No, no es eso!- contesté, y me aparté fastidiado, con él y conmigo, sin saber bien qué responder.

Y me fui a mi pieza rumiando mi insatisfacción. Obviamente estaba inquieto, frustrado, además estábamos en Diciembre, y hacía mucho calor, el aire dentro de la pieza era caliginoso, húmedo, insoportable. Me tendí semivestido, sabía que no iba a poder dormir, para peor

el aire traía los ruidos y murmullos propios de la noche, hasta me parecía oír quejidos lejanos... Un ruido sutil, en el patio embaldosado, me hizo parar las orejas. Primero unos pies descalzos, luego un balde que bajaba a buscar el agua fresca del aljibe. Me levanté y salí, presintiendo un encuentro inevitable. Y a la luz clara de la luna, una media luna blanca, creciente, que partía y repartía lo claro y lo oscuro de la noche, estaba Isabela, recortando su figura tan rotundamente femenina al costado del brocal, echándose por encima el balde de agua fresca. Me acerqué y percibí la camisa de dormir corta y ligera, pegada al cuerpo, el agua escurriéndose por sus senos, su cintura, sus muslos, la piel mestiza brillando bajo la luz de plata, los ojos cerrados, esperando.

- Así que vos tampoco podés dormir...- le dije, por decir algo. No me contestó, intuí una sonrisa burlona, provocadora, apenas entrevista. Tomé su mano, la besé, lamí las gotitas frescas estacionadas en el dorso y la mordisqueé suavemente. Entonces sentí el temblor de la sangre galopando y la atraje hacia mí. Se plegó dócilmente a mis deseos y levantó su cara buscando mi boca...

Y "aquella noche corrí el mejor de los caminos...". ¿Para qué contar cosas que todos hemos vivido? Sólo que un rato más tarde, ya distendidos, echados sobre mi cama, apretados, sudorosos, me dijo:

- ¡No podía más, la Cota me estaba enloqueciendo con tanto gemido!- reí y le agradecí mentalmente a Leiva, que como quien dice había calentado el agua para los dos.

Cuando a la mañana me encontré con el susodicho nos miramos ojerosos, el gesto cansado, "parece que hubo mala noche", me espetó, "mala no, ¡buenísima!", contesté, y reímos. Como las mujeres andaban cerca fuimos discretos, no hubo más confesiones. Él sabía y yo sabía, con eso era suficiente para el orgullo masculino. No era de hombres andar con confidencias y cosas íntimas. Claro que no ocurría lo mismo con la Cota y la Isabela, que andaban de acá para allá cruzándose miradas cómplices y riéndose de nada.

En fin. Aquella mañana no salí al campo. Nos fuimos de jugueteos al bosquecillo nativo, achaparrado y protector, con la complicidad de la Cota, que ese día se encargó de todas las tareas. A mí se me ocurría un lugar muy poético, pero resultó más bien afrodisíaco: sobre una manta de campaña y a la luz del día la Isabela me enseño insospechadas habilidades. Puede decirse que avancé bastante aquellos días en mi educación sexual, ¡y eso que yo era dos años mayor!.

Después de un par de días, ya en confianza, Isabela me preguntó algunas cosas, como exigiendo una comparación con las "señoritas" de la ciudad, y lo le dije, y sin hipocresía alguna, que mis experiencias habían sido hasta ese momento muy menguadas, y que la que tenía con ella era por lejos la mejor y la más libre de todas. Ella por su parte me contó lo que yo no le había preguntado, pero que oscura y morbosamente quería conocer, el secreto de su iniciación y de sus muchas "habilidades". No me sorprendió saber que su madre había vendido su virginidad a un capataz de

los Saravia, en una de sus visitas a su familia en el Pueblo del Oro. Y no había sido la única vez.

- Tenía que ayudar a mis hermanitos, era mi obligación- me aseguró, con un fatalismo resignado. Ella siempre supo que debía ser así, y había aceptado sin rebeldía aquella especie de predestinación abyecta. Era su destino, y si para algo servía, mejor... Me pareció entrever en aquella resignación una especie de regusto sórdido que no quise investigar, ni profundizar.

Criada en el campo la vida no había tenido secretos para ella.

Era una hembra fundamental y simple, que me atraía y me asustaba. Yo no podía ser tan elemental. Era un lector apasionado de Antonio Machado, de Sartre, de Onetti. Me sabía atrapado por otras profundidades que iban a marcar mi vida. Me preocupaban las dualidades de la existencia. A Isabela no. Seguro que presentía que pronto me iría, que no sería más que un recuerdo, y que ella recuperaría su vida habitual sin remordimientos y sin mirar atrás. El montevideano que hablaba raro y era algo ingenuo se convertiría en una anécdota, un bonito recuerdo quizás, pero sabía que su destino estaba anudado al de aquellos hombres de a caballos, sudorosos y rudos, que viven su vida sin estigmas ni complejidades absurdas de tan abstractas.

Tengo aquellos días grabados como pocas cosas en mi vida, sin embargo no conservo ni una foto, ningún objeto – en realidad nunca los tuve-, nada que compartir, sólo la memoria persistente, tenaz, que sospecho ha ido perfeccionando cada día los episodios que la componen;

esa cosa fugaz y hermosa, ese aliento, ese suspiro, esa belleza que disfrutamos un instante y luego pasa y ya no está, y sólo nos queda una imagen que el tiempo va esfuminando irremediablemente, dejando nada más que un rastro ligero, el vago perfume de la juventud.

¿Qué faltaba? Me pregunto hoy a la distancia, qué faltaba que de a poco me fue ganando la necesidad de partir, de volver a mi vida habitual, a mi familia, a mis libros, mis amigos, mis partidas de ajedrez... Creo que a través del tiempo puedo identificar algunos sentimientos: temor a la inercia, a dejarme ganar por aquella sensación de haber encontrado el paraíso perdido, engañosa y pasajera como todo lo humano, y que podía conducirme a un progresivo embrutecimiento. Me veo bajo un alero, tomando unos mates, contemplando el campo a través de una fina película embellecedora, intercambiando miradas tiernas con aquella hembra fundamental y poderosa que me arrinconaba en aquel lugar remoto del universo y que disolvía mi voluntad, y me recuerdo preguntándome si esa vida tenía algo que ver con el sentido de la existencia y contestándome que no, que eso no podía ser todo de ninguna manera.

Estos sentimientos encontrados fueron interrumpidos unas tres semanas después, a un mes escaso de mi llegada, cuando el informativo de la radio de Vergara puso fin abrupto a una situación que parecía suspendida en el tiempo. En aquellos días no había tendidos ni celulares ni nada, en pocas palabras, no había teléfono. Una radio común era normalmente la única comunicación con el mundo

exterior. El mensaje escueto, entre avisos de encomiendas, enfermedades, matrimonios y bautismos, anunciaba el regreso de los patrones, y ordenaba que los esperaran "con todo pronto", lo que según me explicó Leiva significaba casa limpia, víveres frescos, y presencia unánime, alineados y listos para renovar pleitesías, informar sobre lo ocurrido en su ausencia y contestar a todas las preguntas. Los cuatro se miraron entre sí y luego a mí: yo era el "agregado", y como tal mi situación era la más inestable. ¿Cuál sería mi lugar cuando se recuperara el orden natural de aquella estancia, un orden ancestral, indiscutido e indiscutible, que marcaba a hierro el sitio de cada uno? ¿Volvería a dormir en la casa principal, almorzaría y cenaría con los patrones, tendría con ellos las tertulias bajo el alero fresco al caer la tarde? ¿O simplemente me darían a entender que mi presencia se había extendido demasiado y ya comenzaba a ser molesta? Presentí humillaciones varias para uno (yo) y para los otros, quizás injustificada y prejuiciadamente, pero decidí no esperar, que cuando llegaran y preguntaran por mí simplemente les contaran que un día había juntado mis cosas y me había ido, discretamente. A ello agregué más tarde una ampulosa carta conteniendo agradecimientos y explicaciones, motivos no me faltaban:

se acercaba el fin de año, la familia, los estudios, etcétera. Suponía que tanto mi partida como mis promesas de una deuda eterna serían recibidas con alivio y con agrado. Pero eso es sólo la mitad de la verdad, también me sentí aliviado en cierta forma, sentía miedo de dejar de ser yo mismo...

Como es de imaginar las despedidas no fueron fáciles, cálidas a la noche, pero con algo de frialdad y reproche durante el día. En cuanto al futuro, no se habló mucho.

Promesas vagas: si vas a Montevideo, si vuelvo por acá, si, si, si...

El Leiva y la Isabela me llevaron en "sulky" hasta la carretera, distante algo así como un quilómetro del casco de la estancia. Leiva fingió interesarse en algo referente al ganado que vagaba por el potrero, se alejó unos pasos y miró hacia otro lado para que yo pudiera despedirme a gusto de Isabela, para que pudiera estrecharla y besarla con la confianza y el impudor que daban unas cuantas noches inolvidables. Luego un abrazo fuerte con Leiva y lo usual, un montón de promesas en el aire, una mano agitada, el gesto entre risueño y contrito desde el borde de la carretera, mientras el ómnibus que me iba a devolver a la capital se detenía temblando un momento, para luego reemprender su marcha trepidante.

Fue entonces que aprendí que no hay nada más triste que un camino, un ómnibus y una partida, y no porque uno quiera quedarse, sino porque esas partidas van cerrando etapas, van clausurando tiempos y vidas.

Y allí los dejé, al borde de la carretera, al borde de mi mundo, en otra vida apenas vislumbrada y que no viví, o viví quizás como en un sueño, breve y embellecido por la nostalgia como todos los sueños de juventud, pero que no fue, que nunca pudo ser.

En los años que siguieron no dejé de preguntar por el Leiva y la Isabela cada vez que tuve la oportunidad. Supe

que ambos pasaron fugazmente por Montevideo, ella por alguna razón de salud, él, vino con una tropilla de baguales a las domas del Prado, y conociéndolo es seguro que no se apartó de la Rural durante toda la semana. Ignoro si me buscaron, pero me inclino a creer que no, que ellos tampoco quisieron estropear el recuerdo idealizado de aquellos días, o quizás esa es una proyección de mis propios sentimientos, y simplemente no quisieron, o no se acordaron, o no tuvieron tiempo, vaya uno a saber...

Isabela ya no vivía en la estancia, eso me contaron, se había ido a la ciudad de Treinta y Tres, y allí, según me dieron maliciosamente a entender "andaba en la mala vida". Eso me dolió, y no quise saber más, aunque yo ya había presentido que eso podía pasar, que iba a pasar seguramente en algún momento de su vida.

En cuanto a Leiva, me hizo gracia saber que había cambiado el caballo por una moto y andaba con una cuadrilla de esquiladores de pago en pago, de estancia en estancia, desnudando ovejas y criollitas crédulas.

Durante mucho tiempo no supe más nada y consideré esas noticias como definitivas, punto final a un mundo lejano que no era el mío. Pero no hace mucho tiempo un viejo amigo me invitó al cumpleaños de quince de su hija. Este amigo era sobrino de mis antiguos anfitriones teintaytresinos. No pensaba en ellos, apenas tenían un lugar en mis recuerdos, pero allí estaban, envejecidos y memoriosos. Por supuesto que la ocasión se hizo propicia para recordar viejos tiempos, en los que ya había tenido una mínima parte.

La conversación giró sobre diversos tópicos, hasta que llegó a lo que realmente me interesaba:

- ¿El Leiva y la Isabela decís vos?, pero que curioso que preguntes por los dos, ¿no sabés lo que pasó?, bueno, la Isabela volvió al Pueblo del Oro después que anduvo un tiempo de puta por los quilombos de Treinta y Tres, y está viviendo con el Leiva, tienen tres hijos, aunque sólo uno o dos son de él, je, je... los vimos en un baile en la Sociedad de Fomento de Vergara, ahora son gente respetable...- y volviéndose hacia su marido- ¿Cuándo fue, el año pasado o el otro?, bueno, no importa, arrendaron una chacrita y se las arreglan. Es increíble, pero parece que se llevan muy bien. El ya va para viejo y sentó cabeza, y ella pasó mucho trabajo, vos me entendés, está gorda y canosa, si la ves no la reconocés, pero, ¿vos te acordás bien de ellos...?

¡La Isabela y el Leiva juntos! La noticia me impactó, e inmediatamente me invadió una melancolía agridulce, que se fue transformado en un sentimiento como de felicidad.

Me quedé rumiando el pasado, con un vaso bien servido en la mano. Comprendí que aquel era un final perfecto, soñado, para mi vieja historia. Algunas puntas sueltas de mi vida comenzaban a anudarse y a saldarse, de alguna manera. Y brindé por eso, solitario en medio de la fiesta.

No pude dejar de pensar en ellos durante un buen tiempo, de hecho nunca los olvidé, pero estaba seguro que mi pasaje por sus vidas había significado mucho más para mí que para ellos. Aún así me gustaba pensar que a veces hablarían del tiempo viejo y se preguntarían por la vida de aquel pueblero, con sus libros y sus palabras raras,

aunque tan ingenuo en las cosas de la vida el pobre, pero buen tipo y nada "creído"- así espero que me vean en su memoria- y le gustaba andar a caballo y contar chistes y escuchar historias de fogón, y me pregunto que parte de sus recuerdos se guardará cada uno para sí, si es que se guardan algo, y se dirán adónde andará ahora, qué habrá sido de él y si se acordará de nosotros.

LOS RINCONES DEL TIEMPO

- ¡Por ahí, por ese camino que sale a la derecha, rápido!

El enorme camión se desplazó pesadamente atravesándose en la carretera e ingresó a un camino de tierra amarillenta, señalado por un cartel apenas visible a la luz de los faros que decía: "Laguna Negra- Rincón del Indio", y marcaba la entrada a una conocida ruta de escape para contrabandistas de toda índole. Un largo camino de tierra conectado con innumerables caminos particulares que conducían a las estancias. En cualquiera de ellas podía establecerse un aguantadero. De allí las mercaderías iban saliendo en camiones, camionetas y hasta en carros. El camino del norte que luego se torcía hacia el oeste, rodeando la laguna, llegaba hasta los suburbios de la ciudad de Rocha, y era casi incontrolable con los medios que disponían las autoridades locales. El asunto era pasar las aduanas. La del Chuy era relativamente fácil, bastaba con evitar la carretera y cargar en alguna arboleda a un par de cuadras de la ruta nueve. Después había que hacer unos cuarenta quilómetros hasta La Coronilla, y ahí se complicaba más, pero había otros medios, desde cortar alambrados hasta contar con alguna complicidad, ya se sabe...

Lo cierto es que esa noche una camioneta de la Aduana volante había detectado un enorme camión que se desplazaba en medio de la noche oscura, nublada, con un mínimo de luces y un motor silencioso. Rápidamente

pidieron auxilio a la Policía de Rocha y emprendieron la persecución. Pero no era fácil, el camión se movía ahora a gran velocidad como una gigantesca topadora. Imposible interceptarles el paso, parecían dispuestos a todo, como aquellos antiguos "quileros"- todavía quedaban algunos- que hacían la ruta a caballo entre las sierras y defendían su carga a balazos, si cuadraba. Los de ahora eran más sofisticados, y más peligrosos, pensaban los aduaneros, mientras los perseguían casi sin esperanzas y sin muchas ganas de alcanzarlos.

De repente unas luces intermitentes a un par de quilómetros les habían advertido que se acercaba una patrulla de la policía caminera. Aliviados decidieron esperarlos para coordinar la acción.

- Bueno, ¿qué pasa?- preguntó malhumorado un suboficial seguramente sacado de su sueño.

- Un camión de transporte pasó con las luces apagadas por La Coronilla, ¿no se cruzó con ustedes? ¡Seguro agarró para el Rincón del Indio!

- Está bien, ¡vamos!- dijo el suboficial, con cara de pocos amigos- Será mejor que valga la pena, en una noche como ésta, una boca de lobo!

La marcha se reemprendió apresuradamente y en unos minutos ingresaron al camino polvoriento y saltarín. Habrían hecho unos diez quilómetros cuando el Suboficial Diago percibió algo extraño en una arboleda que se recortaba apenas entre unas lomitas, a unos cientos de metros del camino. Nada especial, sólo intuición adquirida a lo largo de muchas noches de vigilancia. El suboficial

había desarrollado una especie de radar que le permitía detectar datos mínimos del entorno, imperceptibles para otros, procesarlos en el subconsciente y emitir luego una advertencia, un mensaje que decía "aquí hay algo que no encaja", y que lo ponía de inmediato en el rastro. Gracias a esa habilidad había progresado desde policía raso, de esos que ingresan al cuerpo por estricta necesidad, hasta llegar al grado de suboficial, descubriendo en el proceso que le gustaba su tarea, que hasta podría decir que había nacido para ella.

-Sigamos un trecho y luego regresemos- ordenó calmadamente-, hay que actuar por sorpresa.

Se detuvieron detrás de una loma, descendieron de los vehículos y regresaron a pie, tropezando en la oscuridad, pero sin maldecir ni quejarse más de lo estrictamente necesario, después de todo las persecuciones nocturnas y los porrazos ya eran "gajos del oficio".

- Shhh... ¡Ahí está!- El suboficial impuso silencio a los cuatro hombres que lo seguían. Allí enfrente, metida entre algunos árboles ralos y escasos, había un mole rectangular, de la cual emergían unos mugidos apagados y semi asfixiados que les advirtieron sobre la naturaleza de la carga.

- Ganado. Es ganado.- reconoció mentalmente con cierta decepción- Esperaba algo más grande, sin contar que vamos a tener mucho más trabajo, y todo por nada... – sabía que por la incautación de ganado no hay remates, ni porcentaje de captura, ni nada, sólo la satisfacción del deber del deber cumplido. Pero ahora no había tiempo

para pensar en eso. Un par de órdenes en voz muy baja, ya conocían los procedimientos habituales, y una operación rápida permitió capturar sin resistencia a dos hombres que aguardaban en silencio dentro de la cabina del camión, conteniendo las ganas de fumar. Uno brasileño, el otro uruguayo, y cuarenta y dos reses apretadas en la caja del remolque.

El suboficial no pudo evitar un sentimiento de satisfacción. Había sido una operación totalmente limpia, y eso significaba otra anotación en un legajo del que estaba orgulloso, aunque le costara admitirlo. "Esto va a hacer mucho ruido-pensó-, ahora que hay un brote de aftosa en el norte, y nadie sabe como entró al país. La prensa va a hacer mucha alharaca. Mañana o pasado estamos en todos los diarios y en los noticieros de televisión..."

El brasileño empezó a farfullar algo en su entreverado lenguaje de frontera. Entre protestas y lamentos Diago entendió que intentaba proponer algo ilícito, una coima, para que les permitieran seguir, o al menos volver en el camión, con o sin su carga. Que tenía familia, que iba a perder su "trabajo".

- ¡Eu perdo meu emprego, patrao!- lloriqueaba el mulato, y de repente, más duro y misterioso, que iban a perjudicar a gente poderosa y vengativa, pero que también sabía ser agradecida. Mientras tanto el uruguayo, más digno o más corto, permanecía en ensimismado mutismo, cabeza baja, resignado.

Con medias palabras y promesas vagas el suboficial trató de sonsacar al brasileño, pero éste era avispado y

pronto se dio cuenta que no iba a obtener nada y era mejor llamarse a silencio.

- Está bien- cortó Diago-, tú te lo buscaste. Te vas a comer un buen garrón para salvar a esos que se quedan con la plata y a ti te mandan a arriesgar el cuero por moneditas!- mintió, a sabiendas que las penas por esos delitos eran muy leves, y seguramente en unos pocos días estarían el brasileño y su compañero de nuevo en la carretera tratando de pasar alguna carga, bagalleros por profesión y por vocación.

El camión sería reclamado como robado, o con alguna otra tramoya desde Brasil, y aunque a veces lleva tiempo habría que devolverlo.

- Acá perdemos nosotros, es trabajo al cohete, y las vacas claro, las pobres vacas...

Le vino a la mente lo que establecen las leyes en estos casos. Los animales confiscados en una operación anti contrabando debían ser sacrificados, quemados y enterrados.

- Sólo falta que les claven una estaca en el corazón...- se dijo Diago, versado en asuntos sobrenaturales por su afición a las viejas películas de misterio.

Los contrabandistas fueron remitidos a la jefatura de Rocha, y las vacas, en espera de la resolución del juez, fueron encerradas allí cerca, en un corral al costado del camino, de esos que se usan para embarques de ganado. El suboficial se instaló con un par de hombres y se dispuso a esperar. Con un poco de suerte, al caer la tarde, o al otro día a más tardar, llegarían los funcionarios del ministerio con la

orden dcl juez, el personal especializado para la matanza y la excavadora municipal. También vendría seguramente el camarógrafo de la televisión local y algunos periodistas.

No le gustaba mucho ese revuelo, que a veces exponía demasiado a los responsables de los procedimientos y distorsionaba su labor, aunque en otras oportunidades se decía que un poco de notoriedad era buena para el orgullo, y motivaba tanto a sus superiores como a sus subordinados. Reconocimiento, era la palabra que empleaban, reconocimiento.

Se sintió cansado, recordó que no había casi dormido, aunque la acción nocturna lo había espabilado bastante. Con las primeras luces salió a hacer un paseo para conocer mejor el lugar, y ver si se le había pasado algo.

Se encontró entre algunas curiosas lomitas, a las que reconoció enseguida como "cerritos de indios". Ya los había visto otras veces, de pasada, pero nunca se había detenido. Desde lejos no tenían mayor interés, aunque sabía bien de que se trataban. Hacía muchísimo tiempo, tal vez unos diez mil años, grupos indígenas habían llegado a establecerse en esa zona, donde tenían todo lo que necesitaban: agua potable, caza y pesca en abundancia. Nunca fueron muchos, claro, porque debían vivir en perfecto equilibrio con el ambiente, ya que no sabían vivir de otra manera. Allí donde establecieron sus campamentos se fueron formando aquellos cerritos, aunque algunos investigadores sostenían que se trataba más bien de cementerios. Como fuera sabía que durante muchos siglos minuanos, beguaenses y aquella nación guaranítica a la que los españoles llamaron

charrúas habían habitado esas tierras, hasta la llegada de los conquistadores europeos y otros invasores aún peores, como los "bandeirantes", que más que colonizadores eran bandidos depredadores que caían por sorpresa sobre las poblaciones indígenas para llevarse cautivos que vender como esclavos en las "fazendas" y plantaciones del norte.

Bajo su exterior rústico el suboficial Diago era un hombre curioso y un lector vergonzante. Tenía noción de los famosos Juan Figueira y Saviniano Pérez, que habían andado excavando a principios de siglo. Mucha gente había oído hablar de ellos en la zona, pero también había leído con avidez los suplementos de El Diario y La República que difundieron los estudios más modernos de Daniel Vidart y el trabajo de Rodolfo Porley sobre la tan discutida "espiritualidad charrúa". Estas lecturas de tardes monótonas en la comisaría le habían permitido hacerse una idea, algo romántica si se quiere, sobre lo que debió haber sido la vida en esos lugares en tiempos remotos.

Echó una mirada contemplativa al mundo a su alrededor. Allí estaba la laguna, y más allá y más acá, hasta donde se perdía la vista se apreciaba el intenso verde de la hierba fresca y las arboledas, salpicado de tanto en tanto por algún montículo de rocas grisáceas. Durante miles de años aquello debió parecerse a cierta forma de la eternidad. ¿Habría podido un minuano o un charrúa imaginarse la dimensión del universo, el cosmos, la existencia de otros continentes, de otras culturas? ¿Habría sido para ellos su existencia el todo, el absoluto, lo único real y posible? No quiso ahondar en estos pensamientos, pero la idea de una

Arcadia salvaje flotó un instante y luego se disolvió entre otros pensamientos provocados por aquellos sugestivos lugares.

Rodeó un cerrito y descubrió otro un poco más allá. Entre ambos una breve hondonada, y sobre una ladera unas piedras alargadas, curiosamente dispuestas en un semicírculo y que parecían apuntar al cielo. "Aristas de rocas más grandes-pensó-, formadas por la erosión, curiosidades naturales", aunque al instante le vino a la memoria el mito de la "catedral charrúa", punto de vista de Porley que Vidart había descalificado burlonamente acusando a aquél de querer inventar una inverosímil "charrulandia".

De cualquier forma, se dijo, no es imposible suponer que sobre aquella piedra plana sugestivamente ubicada en el medio se instalara el "chamán", el sacerdote indígena, para realizar alguna ceremonia, para invocar el favor de los antepasados en la caza o en la guerra, o pidiendo el viaje afortunado de un difunto hacia la región de los espíritus.

El tiempo debió transcurrir allí plácidamente, sólo alterado por nacimiento y muertes, acaso por alguna escaramuza con una tribu nómada, nada importante, pero suficiente para generar algún tipo de mitología oral, que se enorgullecerían contando generación tras generación, leyendas de tubichás heroicos cuyos nombres se han perdido definitivamente. Y ése era el universo todo, hasta que un día llegaron aquellos hombres codiciosos, pálidos, crueles, que usaban sobre el cuerpo algo más duro que las puntas de piedra de sus flechas, y tenían armas

poderosas que nunca habían siquiera imaginado. Entonces inevitablemente se dispersaron, fueron exterminados por las armas o las enfermedades que trajo el invasor, y los sobrevivientes fueron esclavizados. Unos pocos se asimilaron o "civilizaron" para sobrevivir, pero perdieron su identidad. Ante todas estas calamidades poco pudieron hacer la valentía de sus tubichás, la sabiduría de sus chamanes, las fuerzas coaligadas de Tupá y Añag, el Bien y el Mal, Dios y el Diablo.

Acomodando lentamente estos pensamiento volvió sobre sus pasos hacia el corral donde unas cuantas vacas apelotonadas buscaban desesperadamente algo para rumiar en el suelo desolado, agotado ya por miles de pisadas, por miles de balidos condenados.

Pensó que habría que arrimarles una última comida, que tenían derecho, como los condenados a muerte.

- ¿No vinieron los del ministerio?- le espetó bruscamente al Cabo Ravioli, que venía a su encuentro con la cola entre las patas, como quien va a pedir alguna cosa...

- No señor, avisaron que hoy no llegan, que recién mañana, y yo quería explicarle un problema que tengo...

"¡Ay, ay, ay!, éste me va a salir con cualquier verso y me va a dejar aquí clavado hasta mañana", pensó. Estuvo tentado de mandarlo al diablo, imponer su jerarquía y decirle "¡yo me voy y usted se queda y se acabó!", pero se contuvo. Algo en aquel lugar le inquietaba y le atraía. Además estaba cansado y no tenía ganas de seguir dando vueltas por ese día.

- ... lo que pasa es que...- continuaba el cabo Ravioli.

"Ya está, ya dijo "lo que pasa", lo que sigue es verso...", pensó Diago, para quién ésa era la fórmula introductoria a una excusa inventada.

Un rato después el Suboficial se quedaba con un agente a la espera de la misión del ministerio que llegaría el día siguiente. Se encogió de hombros, de todas formas la responsabilidad del procedimiento era suya. Eso sí, uno menos para los turnos de guardia, pensó, bueno, en realidad uno menos para tumbarse a dormir bajo un árbol, mientras el otro lo hacía en la camioneta. El resto del día transcurrió plácidamente. Una brisa fresca del suroeste despejó las nubes. Al caer la noche los cubrió un cielo cálido y despejado de verano, y una luna incipiente que ascendía desde los lejanos cerros le hicieron suponer una noche cálida y tranquila. Estaba agotado por el trajín de la noche anterior, y se durmió temprano.

Cuando sintió que lo sacudían abrió los ojos y vio un cielo oscuro que brillaba como un traje de fiesta cubierto de lentejuelas. "En ningún lugar del mundo se ven las estrellas como en la costa de Rocha", fue su primer pensamiento, un pensamiento localista sin duda, pero avalado por la opinión de numerosos veraneantes. Calculó que habría dormido unas cuatro horas, sería la una o la una y media. Aún soñoliento fue a sentarse bajo el árbol junto al cual su compañero había hecho un fueguito, más para matizar la espera que para calentarse, aunque bien sabía que en esa zona próxima al océano las madrugadas siempre son frescas. El fuego, como el mar, entretiene siempre. Distraídamente tomó un manojo de hojas para alimentar el fuego y las

examinó. "Morera, el árbol de los sueños...", pero no prestó mayor atención a este pensamiento. Un antiguo escepticismo de cuño batllista le hizo le hizo encogerse de hombros. Incluso allí, sentado bajo un árbol, al borde del mundo, entre el bosque nativo y el cielo estrellado, se resistía a toda emoción que no estuviera afirmada la razón. Mugidos lastimeros le hicieron mirar hacia el lado del corral. Presintió más que vio sombras apretadas y sufrientes que buscaban en la oscuridad alguna cosa que no estaba allí, que ya no podrían disfrutar jamás. Levantó un poco más su vista buscando el horizonte, y vio una fina luna menguante que comenzaba a elevarse rodeada por un círculo de nubes oscuras que llegaban empujadas por el viento del sur. Los cerritos se recortaban apenas en esa creciente oscuridad, y todo el paisaje iba adquiriendo ese toque siniestro de las lunas de Cúneo. El fuego vacilaba y se extinguía...

Voces apagadas que llegaban de lejos le hicieron abrir nuevamente los ojos. Una oscuridad cerrada cubría ahora el paisaje. Petrificado por la sorpresa y la intuición de que debía permanecer quieto y callado, escuchó. No entendía las palabras, creyó advertir un acento portugués, pero extraño, antiguo. Echó un puñado de tierra sobre los rescoldos y fue incorporándose, la espalda recostada al árbol. ¿Serían los contrabandistas que volvían por su ganado? No lo creyó posible, pero por las dudas llevó la mano al revólver y escrutó las sombras buscando la camioneta policial en cuyo asiento posterior seguramente el agente dormía a pata suelta. Pero no la vio, se la había tragado la oscuridad.

En cambio, prendidos como agujeros en la noche vio una cantidad de pequeños hogares sobre las laderas de los cerritos. Incrédulo cerró y abrió varias veces los ojos, pero los fuegos seguían allí. De golpe los murmullos se hicieron gritos, gritos autoritarios en portugués, un portugués que reconocía por el acento, no por sus palabras, muy lejos del portuñol de frontera. Hachones encendidos rasgaron la noche, rodeando las hogueras. A las voces destempladas en portugués respondieron o tros gritos, gritos de alarma, de sorpresa y de terror, algunas de hombre, otras más delicadas de niño o de mujer, en un idioma éste sí totalmente desconocido, pero que se oía como un eco de la naturaleza, un grito antiguo de la tierra.

El estrépito de lo que parecía ser una batalla iba en aumento: se oyeron estampidos, maldiciones, ayes y lamentos desgarradores. Empuñó con fuerza el revólver y pensó en usarlo, ¿pero por qué, contra quién?, si ignoraba lo que ocurría, si todo parecía sueño absurdo e inexplicable... vio o creyó ver formas agazapadas que se escabullían entre los arbustos... Paralizado entrevió, intuyó, soñó acaso una terrible lucha que se desarrollaba allí nomás, a unos cuantos pasos, iluminada fugazmente en un claroscuro siniestro por la luz dispersa y vacilante de hogueras y antorchas. Tan rápidamente como creció la confusión fue cediendo y dejó lugar a un concierto disonante de quejidos y voces autoritarias. Los hachones se fueron reuniendo en un solo sitio, y al concentrarse la luz de los mismos pudo ver una fila de hombres, mujeres y niños desnudos, atados o engrillados, que se ponían en

marcha rodeados por unos hombres robustos, armados con lanzas y fusiles que los obligaban a caminar con golpes y amenazas. Volvió a apretar con fuerza el revólver, pero sólo le servía para darse seguridad, no sabría como usarlo en ese momento. Apenas audible, le llegó un cántico triste, una letanía que trasmitía un infinita melancolía, y que fue alejándose con las últimas antorchas, mientras languidecían hasta extinguirse los pequeños fuegos familiares.

Una línea rojiza dibujaba el horizonte cuando sintió un ruido amortiguado de pisadas, como de animal o de pies descalzos. Instintivamente se volvió empuñando su arma, y ante sus ojos se presentó una figura oscura y semidesnuda, hombre o sombra, emplumada la cabeza y la lanza que portaba como único tocado. La sombra lo miró desde la profundidad de unos ojos hundidos en un rostro antiguo, surcado por arrugas y cicatrices. Su expresión trasmitía cosas insondables: desolación, misterio, dignidad. Sus ojos se encontraron, pero era como si no estuviera allí, la sombra miraba a través de él. No era una imagen atemorizante, no había amenaza ni en su gesto ni en su rostro, sólo una tristeza infinita. Aún así la mano le temblaba en el revólver que empuñaba inútilmente, sudaba, sintió un vahído, fue apenas un pestañeo, pero cuando abrió los ojos la figura ya no estaba. Quiso decir algo, llamar, alejarse de aquel lugar, pero no pudo, fue hundiéndose en una negrura espesa que lo tironeaba más y más hacia abajo...

Alguien le sujetaba un hombro, oyó una voz acuciante... fue emergiendo de un pozo profundo, se encontró con un día claro y el rostro del agente Díaz que lo miraba aprensivo.

- ¡Caramba suboficial, estaba más dormido que un expediente! ¿Qué pasó, por qué tiene el revólver en la mano?

- No, no... - le costó encontrar una respuesta- me molestaba...- atinó a decir y rápidamente volvió la cabeza a uno y otro lado buscando un signo, un rastro de lo ocurrido la noche anterior, cualquier cosa que le dijera que había sido algo más que un sueño.

- Creo que dormí mal, tuve una pesadilla me parece...

No había terminado de decirlo cuando ya se había arrepentido. La expresión del agente se había vuelto socarrona: de manera que durmiendo durante una guardia.... se imaginó los comentarios humorísticos, las miradas de soslayo, burlonas, a él, que se enorgullecía de ser de los que predican con el ejemplo.

El enojo lo sacó de los hechos de la noche anterior, y debió reflejarse en su rostro, porque antes que pudiera decir nada el agente Díaz lo cortó:

- Ya llegaron los del Ministerio, y también vinieron periodistas.

¿Tan tarde es? se preguntó, y prefirió ni mirar el reloj, aunque el sol alto le decía bien claramente que debían ser las ocho, por lo menos. Furioso se incorporó, sacudiéndose la ropa, para descubrir que estaba en el mismo lugar donde se había recostado a descansar la noche anterior, bajo la morera silvestre, con los restos del fuego apagado a sus pies. Le preocupaban las visiones de la noche, pero no tenía tiempo para pensar en eso ahora, súbitamente se sintió aliviado como ocurre siempre que alguien se despierta

luego de un sueño fantástico y todo vuelve a ser tan claro y tan lógico. Ahora debía atender a los funcionarios del ministerio, así que se recompuso lo mejor que pudo y se dirigió hacia donde lo esperaba un grupo de personas, junto a los corrales en los cuales mugían tristemente los vacunos.

Todo estaba dispuesto, la orden del juez en manos de un alguacil, los ministeriales listos para empezar a actuar y un par de periodistas haciendo lo suyo. Uno se le acercó, micrófono en mano, mientras el otro le apuntaba con la cámara.

- ¿Usted hizo la captura?- le espetó uno.

- Sargento Diago, a sus órdenes- dijo-, bueno, fue un procedimiento...

Las preguntas obvias fluyeron monótonamente y fueron mecánicamente respondidas, en esa jerga de comunicados policiales que le provocaba gracia al Suboficial Diago, pero que no podía dejar de usar, por tradición o por comodidad. Muletillas como "afirmativo", "el suscrito" y "en conocimiento de" se acumularon en su discurso hasta que el periodista, medio aburrido, se salió de contexto.

- Un lugar extraño ¿no?, con esas lomitas tan curiosas, ¿son formaciones naturales? Parece un lugar ideal para un enterradero.

La pregunta lo sacó de su letanía sobre procedimientos y decomisos.

- Son cerritos de indios- contestó secamente, un poco molesto por la ignorancia de su interlocutor..

- ¡Ah, sí, son como cementerios!, ¿no?- el periodista se dirigió a su ayudante- después hacemos una nota sobre esto. Bueno – y se volvió nuevamente hacia Diago-, ¿y que va a pasar con el ganado: se remata, se entrega a alguna institución o algo por el estilo?

El Suboficial consideró que ya había cumplido su papel en aquel asunto y no quería ser parte de lo que venía después.

- Eso pregúnteselo a los del ministerio, yo sólo estoy para perseguir contrabandistas.

Dio por terminada la entrevista y se dirigió nuevamente a los corrales, donde lo impresionó el aspecto lastimero de los animales, que ante la presencia humana se unían en un apretado grupo e iban de un lugar a otro, buscando desesperadamente una salida hacia el campo, hacia ese inmenso verde que se veía ahí nomás, a unos metros de los corrales, las bocas babeantes de sed y de hambre. Ojalá terminen pronto con esto, pensó, así no sufren más. ¿Presentirían el fin que les esperaba? Es mejor que la tortura que están pasando, debe hacer dos días que no comen ni beben. "Pobres dinosaurios del siglo de las máquinas, nacidas para colgar de un gancho", recordó vagamente de unos impresionantes versos de Alfredo Zitarrosa.

Una pala mecánica llegó traqueteando y se introdujo en una pequeña hondonada, entre dos cerritos. Tras algunas consultas a voz en cuello comenzó a cavar una fosa.

Se sentó a esperar, ensimismado, mientras sorbía distraídamente el mate que le alcanzó el Agente Díaz. Su mirada y su pensamiento se perdieron entre aquellos

cerritos donde yacían los restos de una cultura sin presente ni futuro, sólo un pasado oscuro y silencioso, tan misterioso como las extrañas visiones de la noche anterior... que tras pensar un rato decidió adjudicar a los efectos alucinatorios de la morera, ¿o acaso aquel bosquecillo nativo estaba conjurado con los antiguos espíritus de la tierra? Sonrió para adentro y desechó rápidamente esta idea, por irracional y excesivamente poética.

Cuando oyó el primer estampido, el ruido sordo de un cuerpo al caer, las pisadas agitadas de decenas de animales que buscaban aterrorizados e inútilmente una vía de escape, se puso en pie y se dirigió a la camioneta policial. No miró nunca hacia el corral, ya conocía el espectáculo y no le agradaba.

- Nos vamos- dijo secamente-, arranque.

El agente Díaz, siempre atento a sus mínimos gestos, lo miró un segundo, resolvió que era mejor no hacer preguntas y puso en marcha el vehículo.

LAS PLAYAS DEL TIEMPO

a mis hijas

- Entonces mamá, ¿mañana nos vamos, tenemos que irnos?- interrogó con gesto apesadumbrado la niña morena, escondiendo la cara en su larga y brillante cabellera negra.

- Así es querida, que más quisiera que nos quedáramos...- iba a decir "eternamente", pero esa idea la asustó. Algo infinito, inexpresable, a la vez sublime y agobiante la atrapaba en aquella remota playa, no muy poblada a esa hora. Suspiró hondamente y miró su reloj, no era tan tarde después de todo y aquel era, efectivamente, su último día- No pienses en eso, y trata de disfrutar el rato de sol que aún nos queda- condescendió, y se tendió de costado, soñolienta, contemplando el mar.

"La playa de Nausicaa", recordó una vez más. Esa idea la atrapaba, la seducía. En realidad podía ser o no la playa de Nausicaa. ¿Es que habían existido alguna vez Nausicaa, Odiseo, Penélope, Telémaco? La tradición la ubicaba en ese exacto lugar, y el mito tenía la sugestión y la belleza de las cosas eternas. Tres mil años después, a comienzos del siglo XXI, poco importa ya, se dijo, los mitos tienen su propio tiempo y espacio, y son verdad, de alguna manera.

- ¡Madre, padre, ahí está, y es azul, completamente azul, como me habían dicho! La mujer miró la pantalla y asintió, conmovida. "El pequeño planeta azul", pensó, mientras un estremecimiento le corría por el cuerpo, es

decir, por aquellas partes del cuerpo que aún conservaban una sensibilidad que podría definirse como humana. "De manera que aquí comenzó todo, la gran aventura de la vida...". Durante cien años había soñado con ese viaje, desde que sus estudios de ciber- antropología la habían inspirado primero, impulsado después y obsesionado luego de algunos años con la idea de llevar a cabo "el regreso", como le llamaba ella, un regreso que no era fácil, ahora que el hombre había viajado a las estrellas, y había colonizado mundos. Se trataba de un largo viaje, no de días, sino de meses, años quizás, aunque, ¿ qué significaban unos pocos años de hibernación semi animada, ahora que el hombre había alcanzado una expectativa de vida de cientos de años? Y eso si se la consideraba en días y años terrestres, lo que constituía una exquisitez, una simple tradición, porque en los espacios remotos, frente a soles distantes en la ruta de la Vía Láctea , esas medidas del tiempo no tenían mayor significado. Los procesos vitales se podían enlentecer o suspender hasta límites impensables, haciendo posibles los viajes interestelares, entre otras ventajas. Junto con el camino de las estrellas el Hombre había emprendido el camino de la inmortalidad. Al explorar el Universo había buscado señales de vida en otros mundos: otras civilizaciones, otros colonos, otros dioses. Nada.

No había encontrado nada. Y ahora que los hombres se asomaban a la eternidad mientras colonizaban mundos deshabitados y generaban condiciones para la vida allí donde no las había, cuando empezaban a sentirse cercanos a los dioses, algunos, los más sensibles, habían redescubierto

la nostalgia del origen, y sentían la necesidad de volver siquiera por una vez, como los antiguos peregrinos de la Meca, al lejano y pequeño planeta azul donde todo había comenzado millones de años atrás, cuando una frágil bestezuela peluda caminó erguida por las llanuras de un continente llamado África.

Todo esto pasó fugazmente por su mente mientras la nave se posaba majestuosamente sobre la gigantesca plataforma. Miró con orgullo a su hija. Seis años de edad que demostraban las excelencias de la selección genética. Muchas generaciones de individuos escogidos entre los mejores genes disponibles habían creado aquella maravillosa criatura, destinada a una vida similar a la que los antiguos adjudicaban a los dioses del Olimpo. Era perfecta, luminosa... y totalmente humana. Todavía debía crecer y madurar, hasta llegar a convertirse en un espléndido individuo adulto del sexo femenino. Luego, muchos años después, algunos de sus órganos mostrarían señales de deterioro y serían reemplazados por aparatos más confiables y duraderos, asegurándole una longevidad casi ilimitada. No le gustaba pensar en eso, la prefería así, fresca y natural, hasta que el tiempo la obligara a corregir a la naturaleza. Pero todavía faltaban cientos de años para que eso ocurriera...

El itinerario previsto por la agencia de viajes ofrecía innumerables posibilidades, había para todos los gustos. Ciudades antiguas y ciudades modernas, sitios que conservaban hasta cierto punto su naturaleza y otros que ofrecían todo las maravillas del confort de la era del hiper-

espacio, totalmente artificiales y sofisticados. De hecho podrían haber estado en cualquier otro lugar de la galaxia, pero claro, el atractivo mayor era que estaban precisamente en "el planeta azul", adonde sólo unos pocos privilegiados podían llegar, para mirarse y admirarse entre ellos, y más tarde poder decir orgullosamente: estuvimos allí, en el planeta que es Alfa y Omega del Universo.

En general los viajeros llegados del espacio no eran demasiado diferentes a otros viajeros, de otros tiempos. Tenían muy poca información de los sitios a visitar, y se dejaban manipular por los agentes, eligiendo su ruta por razones de prestigio y comodidad. Unas cuantas imágenes holísticas realizadas con una "Cámara de Morel"[1] (¿por qué las llamarían así?, se preguntaban siempre sus usuarios, pero era una tradición cuyo origen se había perdido en el pasado) y algunos souvenires artísticos, que eran copias fieles de los originales, pero de mejor calidad e infinitamente más duraderos, era lo que todos esperaban obtener de este viaje, además de la etiqueta: Yo amo a la Tierra, certificada.

La familia Sima en cambio eligió un itinerario poco común. Tenían una sensibilidad mucho más desarrollada que la mayoría de sus acompañantes y eligieron destinos menos convencionales, al menos para la parte final de su viaje. En los días siguientes conocieron las grandes ciudades, las primeras bases de lanzamiento de cohetes, monumentos que ya eran antiguos cuando el hombre se

1 "La Invención de Morel". Cuento de A. Bioy Casares sobre el cual se basó F. Truffaut para su icónica película "El Año Pasado en Marienbad"

aventuró al espacio, pero luego se apartaron de las rutas transitadas, de los museos, de los casinos, de las playas artificiales, y buscaron sitios de recóndito misterio, cuyos nombres apenas apuntaban ya en la memoria colectiva y en los mapas. Estuvieron en París, Nueva York, Tokio, Buenos Aires, Cabo Kennedy y luego habían visto la contra cara de un pasado aún más remoto: las tierras bíblicas, Egipto, Palenque y Uzmal, la poética Venecia, semihundida en el fango pero siempre sugerente. Habían seguido, como en una parábola del tiempo, el desarrollo de una tecnología que ya parecía casi ingenua, pero que fue el punto de partida de un proyecto cuya meta eran inevitablemente las estrellas, como lo habían anunciado en su momento los grandes profetas del Siglo XX: Carl Sagan, Arthur Clarke y Stephen Hawkings entre otros. Y para completar el viaje, el mar, las míticas aguas de los mares terrestres, el líquido amniótico donde se gestó la vida, el cálido seno materno.

Los Sima se habían conocido en un curso de "Arte aplicada a superestructuras", que habilitaba básicamente para trabajar en programas de decoración a gran escala aplicada a los shoppings interplanetarios. Allí, entre planeta y planeta, en medio de esas titánicas ferias espaciales, habían sentido que los unía algo más que un incremento de testosterona, que había una fuerte afinidad que se relacionaba con una secreta nostalgia de humanidad y de esencialidad, un sentimiento que por cierto les encantó descubrir.

La mujer había leído sobre los míticos personajes de la cultura terrestre, que fascinaban a los espíritus sensibles

que aún albergaba el universo. Había leído sobre Ulises, el primer y eterno viajero, y le había quedado grabado aquel nombre: Nausicaa, la princesa que había salvado al infortunado náufrago, solo para vivir un amor imposible. Ese recuerdo había sido determinante en su elección. Cuando vio el balneario perdido en el mapa y leyó aquel nombre no dudó, algo le dijo que ese era el destino final e inevitable de su viaje, un sitio pleno de sugestión y misterio. Bastó la poca información que pudieron conseguir. Rebuscando en sus archivos computarizados el empleado de la agencia pudo rescatar algunas imágenes y un par de hologramas que pusieron ante sus ojos un lugar que aún conservaba algunos dones de su naturaleza primordial. Así que allí estaban, dispuestos a disfrutar la última etapa de sus vacaciones, y por cierto que no se sentían defraudados.

Un grupo de mujeres jóvenes, casi niñas, vestidas con túnicas cortas y ligeras, corrían de un lado a otro en pos de un aro que lanzado por los aires era atrapado por manos hábiles, mientras una risa como una cascada alegre se derramaba por las arenas y refrescaba el aire cálido de la tarde. Una niña pequeña, de cabellos dorados, se afanaba también, pero superada en edad y estatura por sus compañeras y contrincantes sólo conseguía hacerse del aro cuando ellas, como gracia, se lo concedían. Parecían reverenciarla de un modo muy especial, pero la niña pronto se dio cuenta de que a su pesar arruinaba el juego, y

que ni siquiera le resultaba divertido, por lo que aprovechó una circunstancia en la que quedó corriendo atrás de las demás para escabullirse discretamente entre unas rocas, fuera de la molesta tutela, y dedicarse a lo que más le gustaba: buscar pequeñas criaturas marinas, caracoles y conchillas entre la resaca que las olas iban dejando en la orilla espumosa. Sus compañeras eran amables, solícitas, pero mayores que ella, y la aburrían un poco...

Los Sima se recostaron bajo el solarium y se aprestaron a disfrutar de su refresco hecho totalmente con "frutas naturales de la Tierra", como decía el envase con letras que brillaban y cambiaban llamativamente de colores. Costaba una pequeña fortuna, pero habían venido a este lugar a darse todos los gustos. Todavía les quedaban algunos créditos terrestres, y estaban dispuestos a utilizar hasta el último.

Los cristales especiales de aquella estructura filtraban totalmente los rayos solares que pudieran dañar su piel, acostumbrada a los ínfimos soles artificiales de las colonias galácticas, y solo dejaban pasar los benéficos, y esos aún en la medida exacta que podían resistir. Astrea, su pequeña hija, iba y venía por las cercanías con su "pelota mágica", así llamada porque podía jugar sin compañero, la pelota estaba programada para rebotar en un muro invisible y regresar a sus manos, aunque claro está, como todo niño, no importa de que época, hubiera preferido tener alguien a quién lanzársela y que se la devolviera a su vez. Distraídos,

la perdieron de vista, pero no les preocupó, aún aquel lugar tan recóndito del universo era ahora totalmente seguro. Por las dudas la madre miró el localizador, un dispositivo ajustado a sendas pulseras que llevaban la niña y su madre. El mismo permitía ubicarla en cualquier momento, pero además medía las pulsaciones de la pequeña, las analizaba, y convertía sus emociones en señales. La pulsera emitió unas luces verdes y ronroneó suave y placenteramente. "Todo está bien" pensó la mujer, y se dispuso a seguir disfrutando del momento, un atardecer real, verdadero, intenso, como el que contemplaron sus remotos antepasados un eón atrás, en el alba de la humanidad.

La niña pequeña y morena y su madre se sumergieron en las azules aguas y jugaron largo rato, frescas, vitales, mientras el hombre las miraba desde cierta distancia, complacido, feliz, pero sin acercarse para no alterar la perfección de aquel instante, tanta belleza, tanta armonía, tan cerca de la eternidad.

Un rato más tarde la mujer vino a tenderse, agotada pero feliz, dispuesta a repartir con su compañero algunas muestras de afecto, guiada por un elemental sentido de equilibrio. Se recostaron un momento, amorosamente, mientras la pequeña iba y venía del agua con su baldecito cargado, en una tarea afanosa y solo comprensible para ella, como ocurre con la mayoría de los juegos infantiles. Una brisa fresca vino del mar con el atardecer y lenta, imperceptiblemente se fueron adormilando...

Cuando la madre abrió los ojos el sol casi desaparecía en el horizonte. Su rojo intenso contrastaba con el azul profundo de las aguas. Era una escena de increíble plasticidad, pero al mismo tiempo actuó como una señal de advertencia que terminó de despabilarla, mientras deslizaba una rápida mirada por su alrededor -¡Mariana!, ¿dónde está Mariana?- Se incorporó de un salto, despertó a su marido y llamaron a gritos: nada. Con la angustia a flor de piel se separaron y corrieron por la orilla: -¿Alguien vio a una niña pequeña, morena, con un bañador azul?-. En varias lenguas le contestaron que no. De alguna manera los entendían, una mujer angustiada es casi siempre una madre en problemas. Pronto había varias personas recorriendo la playa y sus adyacencias. De repente alguien gritó "allí, allí". La madre corrió, esperanzada, el corazón saliéndole por la boca y por los ojos, y efectivamente, era ella. Desde unas rocas cubiertas de espuma, como saliendo del mar, vio venir a Mariana, tan fresca y despreocupada como siempre. Ya la había visto, y agitaba su manito, alegre, como si estuviera saliendo de la escuela y reconociera a quien la venía a buscar. Un millón de quilos cayeron a sus pies y suspiró hondo, se sintió floja, pero a la vez increíblemente aliviada. Tras el abrazo interminable vinieron los inevitables reproches, que dónde había estado, que se habían preocupado mucho, que no debía desaparecer de esa manera y otras cosas.

- Pero mamá, si no fui a ningún lado, estaba ahí nomás, entre esas rocas, jugando con mis nuevas amigas...

La mujer volvió la cabeza hacia donde señalaba la niña,

pero no vio a nadie. Sólo rocas y el agua que saltaba en los callejones de piedra y se esparcía como llovizna sobre la arena.

Los Sima nunca percibieron algo fuera de lo común. Saborearon sus bebidas y el atardecer lentamente y decidieron poner fin a la jornada diurna. La mujer pulsó el localizador que emitió una señal de llamado, pero que raro, el visor indicaba que su hija estaba allí cerca, y que no corría ningún riesgo, y sin embargo no estaba a la vista, como si se hubiera escondido. Como todos los padres de todos los tiempos se revolvieron inquietos mirando hacia uno y otro lado. Ya estaban por salir en su busca cuando la vieron aparecer radiante, como emergiendo de las aguas.

- ¿Qué hacías?, nos preocupaste, te perdimos por un instante...

- ¡Oh, estaba muy bien! Sólo jugaba con las otras niñas. Eran pequeñas, pero simpáticas. Al principio no nos entendíamos, hablaban muy raro, pero después no hubo problemas. Jugamos a la pelota, y corrimos y nos salpicamos con agua. Hasta intercambiamos regalos, ¡mira!

A los ojos de sus padres refulgió un objeto plateado con incrustaciones de piedras azules. Tras contemplarlo durante unos instantes los padres se miraron, asombrados. Tenían la formación suficiente para darse cuenta de que era un objeto artesanal, de plata, con detalles de piedra tallada, posiblemente lapislázuli, un objeto muy valioso.

Lo tomaron en sus manos, lo observaron detenidamente: era una pulsera bellamente labrada, y si no hubiera estado tan brillante y pulida hubieran jurado que era una joya tan antigua como las ruinas de las ciudades y templos que habían visitado, y por supuesto carísima, un sorprendente souvenir de la anciana y misteriosa Tierra.

- ¡Astrea, querida, no puedes aceptarla, es muy valiosa! ¿Qué dirán los padres de la otra niña? Quizás en este mismo momento te estén buscando para recuperarla...-

- ¡Pero mamá, ella insistió, parecía no darle importancia, como si tuviera muchas, además, yo les di mi pelota a cambio!

La madre titubeó. Claro, la niña no estaba acostumbrada a ver objetos artesanales, no conocía su valor. Ella tampoco, para ser franca. Se encogió de hombros y asintió, aunque no convencida del todo.

- Bueno, ¡pero si vienen por ella tendrás que devolverla!- remachó con decisión.

- ¿Les conté de mis amigas?- preguntó Mariana mientras recogía su pequeño bolso y marchaba como podía detrás de sus padres, hundiendo sus piecitos en la arena.

- Pues no... cuéntame entonces, porque yo no las vi.

- Una era rubia, y dijo que se llamaba como esta playa, Nausicaa, bueno, eso me pareció a mí, porque hablaba en otro idioma y parecía que cantaba al hablar, y también nos hizo gestos como que vive por aquí cerca, en una casa muuuy grande!

La madre asintió, un poco desconfiada, pero siguió escuchando.

- La otra creo que se llamaba Astral, o Astrea, no la entendía muy bien tampoco, pero era alta y hermosa, ¡y tenía la piel azulada y el pelo rojo como una llama!

- ¿Piel azul? ¡Ya es bastante Mariana! ¿ acaso tienes una nueva amiga invisible?

- ¡Claro que no, eran tan reales como tú y yo, mira!.

La niña arrojó el objeto similar a una pelota de tenis, pero que brillaba y cambiaba de colores y que rebotó en el aire y volvió sumisa a sus manos agazapándose en ellas, presta a saltar de nuevo, como un gatito consentido.

- ¡Me la regaló la niña de piel azul!- agregó triunfante.

La madre la miró asombrada y pensó que la tecnología había llegado más allá de lo que ella suponía.

Claro, hacía tanto tiempo ya que no miraba programas de ciencias, el Discovery y todo eso. Se dijo que no era posible, pero sí, lo era, la prueba estaba en manos de su hija. ¿Entonces lo de la niña azul también sería verdad? Vagamente, mientras su mente ya se ocupaba de la cena y los preparativos para la partida decidió que investigaría más tarde, quizás...

La pelota fue el juguete preferido de la niña durante algún tiempo, mientras jugaba sola en un departamento del décimo piso de una gran ciudad. Un buen día dejó de funcionar, vaya a saber por qué, y terminó en el cilindro de los juguetes abandonados, si bien mucho después, ya convertida en una adolescente, todavía la mostraba a sus amigos, y les contaba que se la había regalado una niña que tenía la piel azulada, y que venía de algún lugar del

espacio, y que rebotaba en una pared invisible y regresaba, y luego ella misma reía, entre incrédula y orgullosa de su fantástica historia.

Las doncellas corrieron y se agitaron en torno a la niña dorada y esbelta que tenía en su mirada la sinfonía azul de las olas.

-¡Gracias a Hera, protectora del hogar, que estás sana y salva! ¡Si alguna desgracia te ocurriera tu padre nos castigaría con la suerte de Antígona, entregada a Hades de manera tan cruel! ¿Dónde estuviste, dónde?

¡Dinos, por favor!- cloquearon, graznaron, gritaron histéricamente al ver surgir de repente, como una pequeña Afrodita, a la que ya juzgaban sepultada en las aguas, y al tiempo que rodeaban a la niña algunas se hincaban y otras alzaban los brazos al cielo y entonaban cánticos de agradecimiento.

La niña señaló vagamente el paisaje, la línea de rompientes, las rocas que salpicaban la playa creando laberintos de espuma.

- Por ahí. Jugaba con las otras niñas, lástima que se hayan ido, ¡ustedes no me prestan atención!- concluyó con expresión contrariada, para enseguida levantando el objeto que llevaba en sus manos mostrarlo triunfante a sus aturulladas guardianas. Era simplemente un baldecito de playa, pero extraño, muy colorido y decorado con graciosos dibujos de animales que parecían personas. Lo

tomaron en sus manos, lo tantearon por todos lados, era blando pero sólido al mismo tiempo, hecho de un material desconocido para ellas, y contenía varios objetos de igual naturaleza que contemplaron asombradas: pala, rastrillo y moldes de animales marinos. Ágilmente la niña recuperó su baldecito, revolvió en su interior y extrajo un curioso barquillo, sin velas ni remos.

- Yo le regalé mi pulsera a la niña de piel azul, y ella le dio a la otra niña una pelota que tenía luces y colores y la tiraba y volvía sola... ¡ahora miren! –dijo, apretó algo parecido a un botón que sobresalía al costado del pequeño barco, lo puso al borde de una lagunilla y éste se alejó rezongando hacia la otra orilla, mientras en la expresión de las muchachas se agolpaban la sorpresa, el asombro y la inquietud. La pequeña corrió alegremente a buscar su trofeo, al tiempo que sus doncellas se miraban perturbadas, sintiendo un incontenible temblor en la piel. Acostumbraban oír historias de hombre y mujeres que convivían con los dioses, que podían hablarles y jugar con ellos extraños juegos de vida y de muerte, pero el increíble relato de la niña era otra cosa, era demasiado próximo y preocupante. Su origen real la habilitaba sin duda para vivir episodios extraordinarios, de esos que trascienden a través de los mitos y permanecen en la memoria de los hombres, pero ellas no se sentían con el mismo derecho, y debían omitir la parte de la historia en que la niña había desaparecido, y la habían buscado desesperadamente, creyéndola y creyéndose perdidas.

Anochecía. Todavía incrédulas pero aliviadas resolvieron regresar rápidamente y alejarse de aquel sitio donde ocurrían cosas veladas a su entendimiento.

En lo alto de una breve colina la niña se volvió, impregnada de un confuso sentimiento de pérdida, a mirar la escondida playa, a la que se sentía ya íntimamente ligada, la playa cuyas espumosas aguas le entregarían un día y se llevarían después al viajero de sus sueños.

El sol era ahora una mancha roja en un continuo de azul intenso, infinito. Las aguas jugaban en la arena, algunas olas se rezagaban distraídas y luego como niñas azoradas corrían a reunirse con sus compañeras, escurriéndose entre las rocas y dejando sobre la playa un rastro blanco y ligero, fugaz y hermoso como el tiempo, como la vida, como las generaciones de los hombres.

EL COLMILLO Y LA PIEDRA

- ¡Es fantástico, increíble! –dijo el hombre joven- ¡Los huesos están superpuestos y entreverados en una masa informe de huesos, como si hubieran muerto al mismo tiempo! ¡Hasta podría decirse que aquí hubo un combate terrible y quedaron tendidos, uno junto al otro! ¡Después un desprendimiento del barranco los tapó, arcilla y piedra menuda, ideales para conservar los restos!

Con un cuidado que apenas contenía su entusiasmo tomó un hueso del hueco cavado en la ladera y lo examinó.

- ¡Miren este omóplato partido!- agregó-, juraría que esta fisura fue producida por un colmillo formidable que atravesó el hueso y llegó al pulmón, lo que produjo la muerte del hombre... y esa piedra afilada es una cabeza de lanza, eso mató a la fiera¡- remachó, feliz por su conclusión.

- Bueno... no es fácil aceptar que esa pequeña bestezuela humana haya podido matar a un animal tan poderoso, no me lo creo del todo- dijo el hombre canoso a su lado, con tono cauteloso- quizás en este lugar había una cueva, y el tigre cazó al hombre y lo arrastró hasta aquí para comérselo, con lanza y todo, ¿cómo saber lo que ocurrió realmente? Aunque reconozco que la idea resulta tentadora: un hombre de Neandertal y un tigre diente de sable, dos especies desaparecidas enfrentadas en un duelo a muerte....

- ¡Eso es – exultante-, podemos utilizar esa idea para atraer al público: "El último duelo solitario de dos especies

extinguidas"! ¡Qué espectáculo! ¡Ya imagino el gentío, las entrevistas, la fama!

- Tranquilo, es sólo una hipótesis, no hay nada seguro. Lo que haya ocurrido acá sucedió veinte mil años atrás.

- ¡Pero un toque de imaginación es fundamental, el tema es trágico y misterioso a la vez: ¡el eterno duelo entre el hombre y la bestia, inmortalizado en un instante!

El hombre corrió sigilosamente por la cañada, agachándose para quedar oculto por los bordes del barranco. Un solo error podía ser fatal, bien lo sabía. La mayoría de los integrantes de su grupo había perecido en expediciones de caza, cazadores cazados. En otros tiempos solía salir con un grupo numeroso, pero eso había pasado definitivamente. Ahora debía salir completamente solo, su hembra y dos pequeños era todo lo que quedaba del otrora numeroso grupo familiar. La escasez de piezas lo había convertido a su vez en un objetivo, en un blanco propicio, no solo para los depredadores, sino también para otro grupo humano, más numeroso y mejor organizado, que no quería compartir sus campos de caza. Ahora mismo lo perseguía un tufo intenso y acre, el que despiden algunos felinos cuando persiguen a sus presas, babeantes y excitados. Sintió también su propio olor, olor a sudor y a miedo, y se dijo que iba a ser difícil perder a su perseguidor, aunque no desesperaba, conocía su oficio, ya había estado más de una vez cerca de la muerte y siempre había tenido algún recurso a mano. Ahora buscaba un cañaveral con algún charco barroso en el cual pudiera hundirse borroneando el rastro, o alguna oquedad del terreno que pudiera tapar

con una roca, o proteger con su lanza. Por estrecho que fuera el espacio podría quedarse allí durante el tiempo que fuera necesario hasta que el depredador se diera por vencido. Pero ahora el olor se hacía más intenso, sintió un galope de patas acolchadas detrás de sí y comprendió que no llegaría lejos. Se dio vuelta con la lanza preparada, bien firme entre sus callosas y velludas manos, no vio nada, tuvo un instante de expectación y ya iba a darse vuelta para continuar su carrera cuando desde un recodo del barranco una gigantesca figura leonada apareció con un prodigioso salto y quedó allí, parada enfrente suyo, sorprendida a su vez ante aquella criatura peluda y oscura que se atrevía a hacerle frente. Instintivamente midió su contrincante, su presa. Ya había cazado antes a aquellas pequeñas criaturas erguidas, no ofrecían comparación posible con las grandes bestias que había perseguido en la llanura en compañía de otros semejantes, cuando aún era posible encontrar compañeros de su especie, cuando aún había grandes piezas de caza. Su oscura conciencia le decía que ésta era la oportunidad de hacer una buena comida quien sabe durante cuanto tiempo, y no iba a desperdiciarla porque aquella bestezuela estaba dispuesta a hacerle frente, con aquel incomprensible objeto alargado que parecía salir de su cuerpo, y que vagamente identificó con los colmillos y los cuernos que ya había enfrentado en lejanas y victoriosas ocasiones. Con la expectación de la carne fresca a su alcance se dispuso a dar el salto final.

El hombre, que eso era al final de cuentas, había desarrollado una conciencia infinitamente superior a la

de su atacante, aunque todavía penosa y oscura, como la de un niño salvaje. Estoy perdido, pensó, en su mente se proyectó la imagen de su hembra y sus dos crías, se dijo que no podrían sobrevivir solos, y este pensamiento resultó tremendamente doloroso. Midió al felino decidido a luchar por su vida con toda la fuerza de la desesperación. Es muy viejo, se dijo, hacía tiempo que no veía el rastro de animales como aquél, ¡qué mala suerte encontrarse quizás con el último que andaba por esas tierras! La falta de animales grandes para cazar, y las nuevas bandas de hombres, altos, fuertes y desprovistos de vello que ahora dominaban la llanura, tan organizados como crueles, había terminado con todo, con la caza y con los cazadores. El animal que lo acechaba se veía demacrado, opaco, numerosas cicatrices le dibujaban en la piel un mapa de cien batallas. Claro que los colmillos eran enormes, pero de uno de ellos sólo conservaba la mitad, señal de decadencia y vejez.

El hombre puso espaldas al barranco y afirmó la lanza. Si tenía suerte quizás pudiera atravesarle el corazón a la primera embestida y en vez de servir de alimento al depredador podría utilizar su gruesa piel para proteger a sus crías, que amanecían cada día amontonados y temblando por los rigores nocturnos. Este pensamiento le dio más fuerzas, y ya no tuvo tiempo para más. La bestia saltó, la lanza lo topó contra el pecho y el hombre sintió como atravesaba la gruesa piel y se hundía en el cuerpo del animal. Tuvo un instante de salvaje satisfacción, la del eterno cazador que palpita la emoción y la embriaguez de la sangre y la victoria, pero enseguida sintió su cuerpo

desgarrado por las aceradas uñas y un colmillo como cuchillo que lo traspasaba de parte a parte. Hombre y bestia se revolvieron en una masa informe de garras, músculos, dientes y sangre, heridos ambos de muerte y semihundidos en el barro arcilloso...

- ¡Tonterías- replicó el canoso-, vos querés crear una novela! ¡Yo en cambio quiero escribir un artículo para una revista de divulgación, y me conformaría con el reconocimiento académico y una cuantas conferencias! Recuerda que debemos desechar el sensacionalismo y los excesos poéticos: somos científicos, no escritores de ficción. ¡Y ahora sigamos trabajando, basta de historietas!

ELENA Y LA LLUVIA.

- Llueve, que mufa...- piensa Elena mientras se asoma a la ventana del sexto piso sobre la calle Treinta y Tres- ¡qué tristeza la Ciudad Vieja cuando oscurece, es tétrica!, ¿quién se anima a andar por las calles a esta hora? Voy a tener que llamar a un taxi, y mañana con la boleta se lo cobro a la contadora. Espero no olvidarme, como la última vez, que no pedí recibo y me lo comí yo...

Desganadamente se sienta frente a un P.C., oprime algunas teclas y una extensa planilla se ofrece ante sus ojos.

- ¡Magia, la tecnología al servicio del hombre! Me acuerdo de la época de las máquinas de escribir, entonces sí que era penoso hacer este trabajo, con todo el embrollo y la mugre de los carbónicos, ¡y cuando había que borrar, ni hablar...!

Mueve el "mouse" buscando un ícono, un doble clic y un ominoso mensaje se hace visible en la pantalla: "Vencimientos", y una larga lista de nombres se pone en rojo.

- Vamos a ver, más de dos cuotas vencidas.. "Méndez Ltda.", ¿Méndez y quién más, la familia, los hermanos, o será Méndez sólo, penosamente sólo?... como quiera que sea, van seis vencidas, y ya se intentó todo...- imprime un estado de cuentas y lo coloca en una carpeta sobre la cual se lee escrito en letras doradas "Pases a Jurídica".

- Embargo, remate, suicidio, ¡bah, ya no, la gente no se suicida por deudas, se ha acostumbrado a vivir con ellas! En el peor de los casos el cierre, la quiebra, y luego la reapertura con otro nombre y otro titular, un testaferro, y

a seguir robando!, el mundo está lleno de pequeños Peiranos... pero ahora lo que necesito es un cigarrillo...

Se levantó y se dirigió a la ventana, mientras pensaba que debería haberlo dejado, pero ¿qué satisfacción obtendría en compensación? Sacudió la cabeza y se dijo una vez más que tenía tan pocos motivos para dejar el cigarro como para seguir fumando.

Miró hacia los escritorios de sus compañeros. En la pequeña oficina había solo cuatro lugares de trabajo. Recordó la época no muy lejana que estaban en un local mucho más grande, y había una docena de escritorios, y muchos empleados, todos afanados detrás de sus máquinas de escribir, como en la obra "La Isla Desierta"de Roberto Arlt, que había conocido en el liceo y que le recordaba tanto su propia oficina en los primeros tiempos, y también había un movimiento permanente de gente que entraba y salía. Esos fueron los buenos tiempos...después la computadora y la baja de los negocios habían reducido el espacio y los puestos de trabajo... Por suerte la reducción de personal no la tocó a ella, su tarea siempre había sido intachable, al igual que su "responsabilidad y asiduidad" según rezaba su informe persona. ¿Motivo de orgullo?, quizás, aunque alguno de los despedidos se hubiera referido a ella como "esa cornuda". Esa había sido una acusación injusta. Ella solo cumplía con su obligación, no daba para sentirse orgullosa ni culpable.

Trabajar era una cosa neutra, algo que había que hacer para vivir, y punto. Por otra parte ella no tenía en quien apoyarse, allí estaba, casi en los cuarenta, sola y sin otra

distracción que su trabajo, las excursiones con grupos de mujeres solas y alguna visita dominguera a su hermana la casada, la que tenía tres hijos que le hacían la vida imposible y un marido panzón que se pasaba el fin de semana tumbado frente al televisor mirando fútbol y tomando cerveza, todo un Homero Simpson criollo.

En fin, "no será feliz pero tiene marido", pensó. Pero no siempre había sido así. Ella también había tenido marido, años atrás, demasiados quizás. Épocas difíciles, en las que la "militancia" y el "compromiso" los habían alejado. Nunca había compartido esas cosas, esa fiebre de preocupaciones ajenas, ella sólo había querido un hogar, hijos, trabajo... sólo lo último se le había otorgado, y el precio fue bien alto. Un día él se llevó sus cosas como un ladrón, sigilosamente, dejando atrás una nota: "Me voy por un tiempo. Es mejor así. Te deseo lo mejor. Martín". Un telegrama de despedida, eso le dejó después de cuatro años. El orgullo le impidió llamarlo, buscarlo, decirle que lo quería y haría lo que fuera para mejorar las cosas. Y mucho más después de que lo vio con aquella flaca melenuda que usaba unos pantalones que reventaban y se le prendía de un brazo con un lenguaje corporal que decía "mío, mío, mío". Creyó morirse, creyó que no lo superaría nunca, pero aunque todavía escocía un poco con el tiempo pasó lo peor, como todo.

- ¿Por qué me acordaré ahora de esas cosas?- la soledad y el silencio de la Ciudad Vieja a esa hora la atrapaban y su pensamiento divagaba – si hubiera una radio o un televisor... es extraño, pero este silencio me oprime, me impide concentrarme...

Hizo un esfuerzo y volvió a sentarse frente a la pantalla. Más columnas, más números, más nombres en rojo. Mecánicamente fue seleccionando e imprimiendo estados de cuenta que iba distribuyendo en bandejas y carpetas. Se sentía lánguida, abatida, pero debía continuar...

- Pensar que a mí no me tocaba, tenía que hacerlo Elisita... Elisita, ¡hay que ver la cara que puso cuando el gerente dijo que debía quedarse a terminar este trabajo! El rostro se le trastornó, ¡pasó por todos los colores del Arco Iris! Como si yo no supiera lo que le pasa, es por el rubio ése de la cuatro por cuatro que la esperaba el otro día en la plaza, y que en fija que la tiene para la joda, tanto misterio, pero ¿a mí qué me importa?, no voy a ponerme puritana a mi edad... lo cierto es que la desesperación de Elisita me tocó una fibra sensible, el instinto maternal quizás...

- la verdad era otra, algo que revoloteaba su cabeza pero que quería alejar: la idea de que la joven tenía derecho a vivir lo que ella ya no podía, o no se animaba. Como fuera se sorprendió cuando escuchó una voz, la suya, que decía "está bien, yo me quedo", y que se guardó el resto "total, a mí nadie me espera". La cara de Elisa se iluminó, se volvió infinitamente agradecida, perruna, con una expresión que quería decir "te debo una".

Y ahí estaba, sola en la oficina, una noche lluviosa, aburrida y fatigada, sin poder concentrarse.

-Y aquí se sienta Ernesto, el nuevo, tiene poco más de veinte años pero cara de cadete; ¡siempre tan delicado y respetuoso! Es el que resuelve todos los problemas de computación y sale a hacer los trámites. Un buen chico,

tranquilo, sin novia, recién salido de abajo de las polleras... y me parece que está buscando una madre sustituta, por la manera como me mira, como miran los hombres cuando están interesados en una mujer. Y cuando lo miro de repente, solo para comprobar que tiene los ojos fijos en mí, ¡qué nervioso que se pone!, disimula lo más rápido que puede... y yo también, pensar que a mi edad todavía no consigo sostener la mirada de un hombre sin avergonzarme, aunque sea casi un niño!

Aplastó el cigarrillo deliberadamente contra el vidrio, cosa que nunca hacía, bueno en realidad nunca fumaba dentro de la oficina, había gente a la que no le gustaba. Bostezó largamente, arrojó la colilla a un rincón y volvió al trabajo. -¿Qué puede querer Ernesto conmigo?- no pudo dejar de preguntarse, y se sintió demasiado convencional y prejuiciosa cuando se repitió la vieja y manida frase –podría ser su madre... bueno, no tanto, tiene veintidós, ¿o eran veintitrés?, ¿necesitará una figura sustitutiva de la madre, o le gusto en serio?... a algunos jóvenes les gustan las mujeres mayores que ellos, sobre todo los que son algo retraídos y formales, como Ernesto. Pero ella también necesitaba alguien que la apoyara, la comprendiera, la protegiera, y ése difícilmente podría ser Ernesto... sacudió la cabeza negativamente alejando estos pensamientos y se sentó ante la máquina. Siguió imprimiendo estados de cuenta que clasificó y ordenó cuidadosamente, pero no pudo trabajar mucho más, sentía un desasosiego que se transformaba paulatinamente en malestar físico.

- Necesito aire...- y se aproximó a la ventana que entreabrió ligeramente. Un soplo de aire fresco la reanimó y recorrió con su mirada la calle desierta buscando algún signo de vida. Cuando ya pensaba que era inútil un movimiento en un umbral, cuatro pisos más abajo, le llamó la atención.

Distinguió en la penumbra callejera unas volutas de humo y emergiendo entre las finas rayas de agua que dibujaba una cansada lámpara de gas, dos largas piernas de mujer, enfundadas en unas medias caladas, y que parecían desprendidas del resto de la persona, oculta en la sombra que proyectaba el pretil bajo el cual se había cobijado.

- Una prostituta... un par de piernas largas y una espiral de humo, parece un afiche... Pobre, tendrá frío, estará deseando que aparezca un cliente que le pague toda la noche, así podrá a salir de la intemperie y dormir un rato, quizás. Eso claro, si el tipo la deja dormir... – Imaginó a la mujer obligada a todo tipo de "servicios" antes de poder descansar un rato. ¿Cómo sería un sexo oral sin deseo? Algo rutinario, desabrido, como hacer un masaje o manipular una máquina de escribir, o freír una milanesa. Tan aburrido y neutro como eso...

Ella no hacía esas cosas. Quizás le hubiera gustado, quizás su vida hubiera sido diferente, pero nunca pudo desprenderse de ciertos pudores, ni se sintió segura como para bajar del todo las defensas... aquella mujer haría cosas maquinalmente, creía, sin deseo ni rechazo. No la juzgaba, su propia soledad le hacía ser condescendiente, pero era consciente de que la miraba desde arriba, con cierta

perplejidad ante aquel otro mundo de la noche, tan cercano y tan distante...

- ¡Hace frío acá!- se dijo, y con un leve temblor volvió a la computadora. Tenía que terminar. Se sentía floja, desganada, así que decidió completar cuanto antes el resumen de estados de cuenta. No podía fallar, después de tantos años era depositaria de una confianza absoluta, algo que no podía perder. La cabeza empezó a darle vueltas, recordó que sólo había comido un ligero bocado al mediodía, un trozo de pastel de verduras, casi nada... los compañeros se reían de la frugalidad de sus almuerzos, lo que a ella le parecía una virtud. Sin tener claros los motivos había elegido una vida virtuosa, como si todas las cosas de las que se privaba le fueran adjudicadas en una cuenta a favor que algún día, en algún lugar, le sería saldada con creces.

- "Aquí yace Elena, quien comía frugalmente y llevaba una vida sana y virtuosa. ¡Era una gran mujer!". ¡Un lindo epitafio, si le importara a alguien! ¡Caramba, ahora estoy hablando sola, tan mal están las cosas!- Se llamó a silencio, pero no en su interior, "ahora debo volver al trabajo, es una cuestión de orgullo... pero no, a quién quiero engañar, no es sólo orgullo, es miedo, miedo a la reprobación, al juicio ajeno, a perder el empleo, miedo, miedo a todo, debilidad, hasta envidio a aquella mujer de allá abajo, no le importa nada...". Pero se dijo que por ese camino no iba a ningún lado. "Lo que necesito es un café", pensó, y se dirigió a la cocina. Después nada, un vacío...

- Sí, me encontró el sereno. No digas nada, pero me parece que esperaba ansioso que me fuera para irse a dormir.

Como no salía nunca y tampoco contestaba entró con la llave maestra y ahí estaba yo, tirada en el piso. ¡Por suerte hay moquete, si no quién sabe que porrazo me hubiera dado!

Los de la urgencia dijeron que fue una baja brusca de presión, se me juntaron la máxima y la mínima, sea lo que sea que provoca eso... un problemita de irrigación que nunca me habían detectado. Me van a tener un par de días para control, después una semana de reposo y un montón de remedios. Ahora voy a tener que cuidarme, ¡me estoy haciendo vieja!- dijo, y rió como por obligación- pero vos contame, ¿qué dijeron en la oficina, cómo lo tomaron, no estarán por contratar a otra, no?

Su compañera de tantos años acompañó la risa nerviosa de Elena y sacudió enérgicamente las manos y la cabeza, que no, que se cuidara, no sólo la iban a esperar sino que nadie podía hacer su trabajo como ella.

- La que se quedó muy preocupada fue Elisita- agregó-, parece que va a tener que quedarse algunos días después de hora...- y la miró con complicidad-. Ah, casi me olvidaba, el que insistió mucho en que te diera sus saludos y deseos de recuperación fue el nuevo, Ernesto, creo que quería venir a visitarte, pero claro, me comisionaron a mí y eso pareció decepcionarlo un poco... un muchacho muy sensible, no podía creer, dijo que te veías tan saludable...

Elena no pudo dejar de sentir una íntima satisfacción ante las palabras de su amiga, le preocupaba su trabajo, pero ahora había algo más.

- ¿Sabés qué?, mañana es sábado, decile a Ernesto que venga y me traiga mis carpetas, así le explico bien cómo se hacen los resúmenes y estados de cuenta- no pudo evitar pensar que se había sonrojado cuando su amiga Gloria la miró un tanto inquisitiva, y agregó, desviando la mirada hacia la ventana- me parece el más indicado para reemplazarme por estos días, es muy capaz, y después de todo Elisita tiene otras preocupaciones, ¿no?

Y luego, cambiando de tema:

- Mirá, dejó de llover y salió el sol, ¿será que por fin llegó la primavera?

Después se arrebujó en la manta y pensó que al día siguiente, a la hora de visita, le gustaría bajar al jardín...

- LOS HERMANOS -

Cuando sonó el teléfono el hombre de pelo entrecano no le prestó atención inmediata. Terminó de escribir una cifra con números redondos y exactos, con la precisión de quien lo ha hecho durante años. Cuando sonó por segunda vez levantó pausadamente el tubo, Mallero y compañía buenos días, dijo de un tirón, con voz aguda, y luego con tono expectante, extrañado, Sí, el habla... ¿cómo, que pasó... pero, está seguro?... sí, sí, iré enseguida. Se hundió en el sillón, deslizó una mano por sus cabellos ralos y repitió, ya para sí mismo, Iré enseguida, iré enseguida...

Colgó mecánicamente, hundió la cabeza entre los hombros, Pobre tía, pobre, dijo en un susurro, creo que voy a llorar. Con esfuerzo se levantó y se dirigió a una puerta que lucía el rótulo "Gerente" y golpeó tímidamente. Escuchó risas, pero nadie contestó, hizo algo que normalmente no hubiera hecho, volvió a golpear, un poco más fuerte, Sí, escuchó, y empujó. Vio rostros sonrientes, y luego una ligera mueca de contrariedad en el gerente, Estamos ocupados Senández, vuelva luego, Señor, me avisaron que mi tía, tuvo un ataque, está muy mal, nos dijeron que si le daba otra vez no salía, y no pudo más, la voz se le quebró en un casi sollozo. Los hombres sentados en mullidos sillones al costado del escritorio, vasos en mano, lo miraron con algo de perpleja curiosidad, lo vieron abrir y cerrar la boca sin emitir ya más palabras, vieron el reflejo cristalino en sus ojos, el silencio se hizo incómodo y el hombre tras el escritorio resolvió abreviar el episodio,

Está bien Senández, su tía está mal, viene a pedirme para retirarse, vaya nomás, avise al Jefe de Personal y téngan os al tanto. Senández se retiró emitiendo un Gracias, gracias, casi inaudible. Pobre hombre, dijo el gerente, él y su hermano viven con una tía vieja, creo que es su único pariente, pero es un empleado eficiente y muy trabajador, eh, agregó como disculpándose por la patética escena que terminaban de presenciar, y luego agregó, volviendo a lo nuestro...

Pobres, dijo por enésima vez la señora que estaba sentada más a la derecha, a un metro escaso del ataúd, dirigiéndose a la vecina más próxima. La mirada de ambas fue entonces hacia el otro lado de la habitación, donde dos hombres como dos gotas de agua fumaban recostados a la pared, el gesto de agobio infinito, los ojos que se adivinaban hinchados bajo las cabezas inclinadas.

Fue tan de repente, ¿no?, contestó la otra, una mujer alta y flaca, de cabello pajizo, mientras estiraba cuidadosamente la falda sobre sus rodillas, Es cierto, dijo la primera, una mujer gorda y bajita con aires de sabihonda, la habían operado del corazón hace un tiempo, pero parecía repuesta, hay gente que vive muchos años, quien iba a decir... apenas salió a la puerta y cayó en la vereda. Mi marido fue el primero que la vio, vino corriendo y ya respiraba muy mal, como ahogada ¿vio?, y se agarraba el pecho, como si le doliera. Vino otro vecino y la metieron en un taxi, pero cuando llegaron al hospital me dijo mi marido que para él ya no respiraba. Se quedó, qué va a hacer. Sacudió la cabeza y emitió un gran suspiro, conocedora de gestos y sonidos

apropiados para esos casos. ¿Usted de donde los conocía?, Soy compañera de trabajo de Ricardo, es un muchacho muy querido en la oficina, tan bueno, tan callado... Ah, sí, acá en el barrio lo mismo, nunca un sí y un no con nadie, y eso que acá no es fácil, hay gente muy conventillera, pero él sale para el trabajo, saluda, después vuelve, saluda de nuevo, lo más atento, pero de lejos ¿eh?, darse, lo que se dice darse, eso no, con nadie. Mire, allá lo mismo, llega, saluda y se sienta a trabajar. Se olvida uno que está ahí, siempre en lo suyo. Sólo se siente cuando atiende alguna llamada telefónica, pero eso sí, muy puntilloso para el trabajo, y cumplidor al máximo, la otra vez alguien dejó pasar un error, se perdió una factura, una insignificancia, pues bien la buscó durante días y días hasta que apareció, ¡y que orgulloso que estaba!, ahí lo empezaron a embromar, porque el gerente lo puso como ejemplo, y hasta nos hizo un sermón , ¡la de cosas que le dijeron!, algunas es mejor no repetirlas, son groserías, y hubo uno que dijo que era un verdadero Hércules Poirot del subdesarrollo, ¿...?, ¡ah!, es un personaje de Ágata Cristhie, un detective, ¿conoce?, bueno, de ese nombre le quedó sólo el Hércules, les hizo gracia el contraste, como es tan flaco y bajito, y él tan bueno que no se enojaba, ¡no se enoja nunca!. Es cierto, son dos muchachos tan buenos, dijo la mujer del barrio, y se sintió obligada a agregar datos a la descripción de la otra, Mire, yo soy de las personas que creen que las personas muestran lo que son por la forma como tratan a su familia, sobre todo a sus padres, ¡hay cada desagradecido!, ¡y ellos a la tía la querían, cómo la querían!, se quedaron sin

padres muy chicos, la madre murió y del padre nunca se supo, ella los crió como pudo, pasando trabajo, ¡y hasta educación les dio!. Ahora mismo se encargaba de la casa, a sus años, y con ese corazón... claro que no podían pagar una empleada, ¡se gana tan poco hoy en día!, Dígamelo a mí, que salgo del trabajo y tengo que ir a hacer todo en casa!, es una lucha le juro...¡Si será!.

Hay un momento de silencio. Las miradas se fijan nuevamente en ambos hermanos que permanecen idénticos, mudos, retirados, profundamente abstraídos. No se habían movido una pulgada, siempre recostados a la pared, agobiados, sosteniendo un peso infinito sobre sus hombros.

Lloraba, dijo de repente la mujer delgada y alta a la otra, más baja y regordeta, sentada a su lado. ¿Cómo?, Lloraba, Ricardo quiero decir, salió de la oficina llorando, sin decir nada a nadie, mírele los ojos, ha llorado mucho, Los dos, fue la contestación, los dos tienen los ojos hinchados, son tan iguales, tan sensibles... Cierto, parecen gemelos, pero Ricardo es un año mayor, ¿no?, Sí, eso dicen, y se quedan calladas, mientras un hombre entra y se dirige hacia los hermanos, extiende la mano, dice algo inaudible. Uno y otro hermano toman la mano extendida, agradecen con un movimiento de cabeza, sus labios se mueven mecánicamente aunque no se escucha palabra alguna. El hombre se vuelve hacia el féretro, las manos juntas sobre el vientre sosteniendo una gorra. Inclina la cabeza, con su pie derecho mueve algo que está en el piso, una colilla quizás, los tres permanecen callados.

La mujer baja, harta de tanto silencio, se vuelve hacia su interlocutora de antes, ¿quién es el señor que acaba de entrar, lo conoce usted?, No, si no es del barrio debe ser un compañero de trabajo del otro, ¿Aurelio se llama, verdad?, Sí, Aurelio, aunque compañero de trabajo no sé, hace tiempo que estaba en seguro de paro, me lo contó la finada, pobre, eso la tenía muy mal... la verdad que sorprende ver a alguien que uno no conoce en esta casa, ¡tenían tan pocas amistades!, ¡nunca venía nadie!, bueno, sacando yo y alguna otra vecina, que veníamos a veces a charlar con la finada, pobre, pero amistados, la verdá, yo no le conocí ninguna... ¡se daban tan poco!

Aquí su voz se vuelve confidencial. Se aproxima más a interlocutora, estira la cabeza y murmura en su oído, Estos muchachos, los dos, son tan raros, no?... mire usted, todos estos años nunca se los vio con una mujer, no es que uno sea mal pensada, no, eso no, pero llama la atención, ¿no cree?...

Bueno, dice la otra, es cierto, pero no crea, vea, lo que pasa es que este Ricardo, el que conozco yo, ¡es tan tímido, tan retraído, no puede hablar con una mujer sin ponerse a temblar, da risa, le juro, los compañeros ya le habían agarrado la onda, y queda mal que lo diga en un momento así, pero se habían puesto de acuerdo con una de las compañeras, que cuando pasaba ella se le iban los ojos, y ella una desfachatada, siempre la mandaban a que le llevara los papeles, y bueno, ella iba y se tiraba arriba de la mesa y Ricardito esto, y Ricardito lo otro, y él que desviaba la vista, se ponía de todos colores y quería seguir

escribiendo pero la mano le temblaba, daba risa, pero al final ya no tenía gracia, era tan indefenso el pobre que lo dejaron... pero indiferente no, y raro tampoco, que va, pero tímido hasta la exageración, eso sí...

Y la mirada de ambas se desliza nuevamente hacia el féretro, cuya sombra se estira hacia la pared sobre la cual se apoyan los hermanos, como en un intento de alcanzarlos y abrazarlos, mientras, ellos apenas han cambiado de posición moviendo de a ratos un pie, una pierna, una mano.

Algunas personas entran, pocas, saludan, se quedan un rato mirando el ataúd con gesto apesadumbrado, luego un apretón de manos, una firma en el álbum y se retiran, cumplidos. Ninguno parece especialmente allegado. La mujer bajita, ante la inacción de los deudos decide hacerse cargo de la situación. Vieja habitué y conocedora de duelos y velorios se encarga de preparar café, luego se acerca a los presentes invitándolos a pasar a la cocina a servirse mientras comenta las características del caso. Los pocos visitantes ralean y desaparecen, la vecina que ha hecho las veces de anfitriona, finalmente se retira también, satisfecha, prometiendo volver temprano, antes del entierro.

A eso de la una de la noche Ricardo y Aurelio parecen salir de su letargo, se miran, luego miran alrededor, recorren las paredes desnudas, débilmente iluminadas por las lámparas mortuorias, donde se esfumina un empapelado viejo con flores amarillentas. En ciertos lugares se advierten sobre el mismo recuadros más oscuros, señal inequívoca de que se han retirado algunas láminas que adornaban la

habitación. Con la misma mirada recorren la media docena de sillas vacías arrimadas contra la pared, y se detienen en un corredor totalmente oscuro.

- No hay nadie, Ricardo- dice el menor, Aurelio.

- ¿No habrá alguien en el dormitorio?

- No, no hay nadie, estamos solos... solos con tía Luisa, como siempre... ¿qué hicimos por ella, Ricardo, por ella y por nosotros?

- Es mejor así, Aurelio, los tres juntos. Nadie puede sentir lo que nosotros, nadie.

La noche transcurre lenta, agónica. Alguien pasa por la calle cantando a gritos una canción de moda, se oyen risas de mujer, tacos en la vereda, luego nada. Dentro de la casa nadie se ha movido. Una claridad que se filtra trabajosamente por las persianas indica el despuntar del día.

Con el sol alto aparecieron algunas personas, un par de conocidos, una prima de la finada que vive en Canelones, la vecina del día anterior. A la hora precisa entran los empleados de la funeraria. Con frío profesionalismo cierran el ataúd, y mientras un par de ellos ayudados por alguno de los presentes transportan el féretro hacia la calle, otros retiran rápidamente las lámparas acordonadas, los candelabros, el crucifijo y las coronas, solo tres, una con la banda que dice “Mallero y Cía.”, otra del Sanatorio Español, y la tercera: “Tus sobrinos Aurelio y Ricardo”. En un segundo la habitación queda vacía mientras los efectos alquilados parten raudamente hacia otro velatorio.

Los hermanos se dejan llevar dócilmente hacia los autos alquilados, casi todos se despiden con frases de cortesía, y poco después parte el cortejo, solo tres remises donde se instalan cómodamente media docena de personas, mientras la vecina de enfrente cierra la puerta y algunos curiosos, transeúntes ocasionales, deslizan en voz baja un comentario obligado.

Cerca del mediodía los hermanos regresan a su casa. El gigantesco auto de la funeraria los deposita silenciosamente, empequeñecidos, frente a la puerta de calle. Cansadamente se sumergen en el largo corredor y un instante después ingresan a la habitación donde un rato antes yacía el cuerpo ahora abandonado a la tierra.

- ¿Que vamos a hacer ahora?

- Nada... dormir un poco.

- Sí, yo también, aunque no sé si pueda.

Aurelio se tiende sobre la cama mientras Ricardo va al baño. Poco después sale, pero se queda recostado en el marco de la puerta, mirando una brasa de cigarrillo que se mueve en la penumbra del dormitorio.

-Aurelio, dice, quizás no es el momento para hablar de eso, pero vos sabés lo mal que estábamos de dinero, y ahora, con esto del entierro, ¿cómo vamos a pagarlo? Sí, ya sé, está también la hipoteca. Con todos los gastos de la enfermedad de la tía Luisa, estamos endeudados hasta las manijas... Sí, cuando ella vivía era distinto, hasta hicimos el esfuerzo de comprar la casa, pero ahora, vamos a tener que irnos... ¿adónde?, a meternos en una pieza, ¿adónde más?... vamos a perder todo...

Un largo silencio se apodera de ambos. Con un ronco suspiro Ricardo se desliza sobre la cama.

Aurelio apaga el cigarrillo y se pone de costado. Se hace un ovillo y siente que un cansancio a la vez agobiante y liberador se va apoderando de él.

- Creo que voy a dormir todo el día, mañana hablaremos de eso, mañana...

Aquel día se vio a ambos hermanos salir presurosos de la casa, luego de una semana de riguroso aislamiento. Un rato después volvieron cargando algunos paquetes y bolsas de supermercado. A su paso algunos vecinos, aún aquellos que no mantenían con ellos ningún contacto, esbozaron al pasar un gesto amistoso, condescendiente, que apenas encontró eco. Un simple movimiento de cabeza, y luego un mutismo hosco, inapelable, que defraudó cualquier intento de comunicación. Claro que después hubo comentarios en voz baja que afirmaban haberlos visto realizando compras costosas y extravagantes. Gente que nunca se había fijado en ellos encontró motivo de conversación. Alguno bromeó: "Estarán festejando: ¡se sacaron a la vieja de arriba!", y luego, en tono de confesión: "además, esas viejas siempre guardan plata abajo del colchón".

Sentados a la mesa donde habían tendido un antiguo mantel blanco bordado, Ricardo y Aurelio compartían lo manjares de una bien servida mesa. Los muebles aún no habían sido devueltos a su anterior lugar. La habitación ofrecía un extraño aspecto, ya que estaba vacía, salvo la mesa y el par de sillas antiguas, tapizadas, descoloridas, que ocupaban los hermanos. Una sola lámpara, de no

muchos voltios, ubicada perpendicularmente sobre la mesa, iluminaba el cuadro. Inclinados sobre la mesa los hermanos saboreaban cada bocado con morosa delectación, y de vez en cuando llevaban a la boca una copa de vino traslúcido que reverberaba aún con la escasa luz del ambiente.

- Hummm... un buen vino!- exclamó afirmativamente Ricardo después de un rato.

- Da gusto... si se pudiera comer y beber siempre así...

- ¡Ah no, hermano, esto se hace una vez en la vida!-, agregó Ricardo, y rió como si hubiese hecho una broma, ante la sonrisa triste de su hermano.

-Me gustaría que estuviera tía Luisa para compartir esta mesa, tan pocas oportunidades tuvimos de darle una comida como la gente...

- ¡Ah no, eso no, nosotros siempre comimos bien, che!

- Sí, ya sé, quiero decir otra cosa. Una comida como en el cine, toda en colores, manjares exóticos, buenos vinos. Pero no, siempre los mismos guisos, pastas los domingos, pollo una vez por mes, eso era todo. ¡Pobre tía, pobres nosotros!

- Pero una vez fuimos a aquel restaurante en la rambla, ya ni me acuerdo qué estábamos festejando.

- Hace seis o siete años, yo había largado el corretaje aquel. Años de un lado para otro sin sacar más que para el ómnibus, y había gente que te trataba como si fueras un limosnero... entonces entré a la compañía, había que festejarlo. Por fin un empleo con un sueldo seguro a fin de mes, aunque fuera poco, se terminó aquella vida de andar de acá para allá como un desgraciado...

- Después nos metimos a comprar la casa, para darle el gusto a tía Luisa, y ya no se pudo más. ¡Qué tiempos!, entonces vivíamos mejor.

- Y ahora sólo para pagar cuentas, y lo peor, ¡si le hubiera servido de algo a tía Luisa!... y bueno, dejemos eso... lo importante es estar juntos, ¿no?

Ricardo apartó el plato y quedó pensativo, mientras su hermano comía en silencio.

- Mirá vos- dijo-, quién iba a pensar que el caviar tuviera ese gusto... decime con sinceridad, ¿te gustó? Yo esperaba algo... especial, digamos.

- Y, no te digo que no se pueda comer, pero la verdad, más o menos. Hay que tener el paladar "educado", dicen, tendríamos que haberlo comido desde chicos –dijo Aurelio, y rió brevemente, con aquella risa nerviosa y vergonzante que lo caracterizaba.

- Puede ser, pero yo me quedo con el pollo que comíamos el primer domingo del mes.

- Bueno, ya está, ahora vamos a darle a los cocos. Esa es cosa tuya. Mire que cocos... ¡qué idea!, ¿de dónde la sacaste?

- Es una idea fija, ¿te acordás de María Julia, aquella novia que tuve cuando andaba por los veinticinco?, siempre me pedía que la llevara a un boliche donde servían cocos, le hacían un agujerito, le echaban un poco de alcohol y no me acuerdo que otra cosa y lo servían con pajitas, ¡imaginate que onda! Claro, nunca fuimos – y rió-, era muy caro... ¡capaz que me dejó por eso! Como fuera, me quedó pendiente... María Julia, mirá como me vengo a acordar de ella...

Tras un breve silencio Ricardo agitó la mano como espantando algo que lo molestaba y continuó;

- ¿Sabés que otra cosa me quedó pendiente?, te vas a reír... ¡carne de foca!

- ¡De quéee!, ¿de foca?

- Te dije que ibas a reir. Pasa que una vez leí un libro, La Esfinge de los Hielos, de Julio Verne. Tía Luisa me lo regaló para un cumpleaños. Vos no lo leíste, creo, nunca te gustó leer. Bueno, la historia es que unos tipos, unos aventureros, estaban perdidos en un desierto de hielo, se morían de hambre pero encontraron unos barriles de carne salada, de foca. Se dieron un gran atracón, y yo comí con ellos... No sé, de repente es una cosa asquerosa, pero a mí se me hizo que debía ser deliciosa... y bueno, me quedaré con las ganas, es una de esas cosas que nunca voy a probar...

- Mirá vos- reflexionó Aurelio-, pero no creo que nadie, nunca, haya probado absolutamente todo lo que deseó o soñó.

- Seguro que no- contesta Ricardo mientras se levanta y va hacia la cocina, de donde regresa con un coco en cada mano.

- Redondo, peludo y suave... me recuerda un chiste- dice Aurelio.

- Es un mal chiste- le corta Ricardo-. Les hice un agujero como me enseñaron y probé uno, ¿sabés que gusto tienen?

- No, que voy a saber.

- Y, ¡gusto a coco, naturalmente!

- ¡Andá, y decís que mis chistes son malos! Dame acá, quiero probar ya mismo...humm, es rico, pero como te puedo decir, tampoco es para caerse de espalda.

- Y sí, como todo, hasta que no probás pensás que debe ser algo de otro mundo, después te desilusionás, nada vale la pena. Y,...hay que aceptar lo que te toca en la vida, vos no elegís, no podés elegir nunca... o casi nunca.

Apartan los cascos vacíos y se miran silenciosamente. Ricardo extrae del bolsillo de la camisa un envoltorio de celofán. Rompe una punta del mismo y extrae ostentosamente dos puros etiquetados, extiende uno a su hermano quien lo olfatea lentamente.

-Parece bueno- dice- muy bueno. ¿Dónde lo conseguiste?

- Cerca del puerto. Habano legítimo. Me costó encontrarlos, y me costó unos buenos pesos, pero, ¿para qué está la plata, si no es para gastarla?

Ambos encienden sus cigarros y aspiran con morosa expectativa, mirando al techo, Aurelio no puede evitar un molesto acceso de tos, vos estás más preparado que yo, le dice a Ricardo cuando puede hablar, yo sólo fui un fumador ocasional, vos tenés el hábito... Sí, pero lo voy a dejar muy pronto, contesta éste, y luego de un instante de silencio en el que el cuarto se va cubriendo de perezosas volutas agrega abruptamente:

- ¡Qué chasco, que chasco se van a llevar los de la funeraria cuando quieran cobrar el entierro de la tía, nada es nuestro, nada, salvo unos pocos trastos viejos!- sacude la cabeza y siente que lo va ganando un violento y extraño

deseo de reír, primero despacio, entrecortado, pero luego echando la cabeza hacia atrás la risa se hace estrepitosa, incontenible- ¡Nada!, ¿entendés?, ¡se van a pelear entre ellos!

La risa es contagiosa, y Aurelio siente como lo va penetrando, como le van subiendo unas cosquillas por la garganta, hasta que no aguanta más y el también se suelta a reír. Se deja llevar siguiendo a su hermano quien se agita convulsivamente hasta saltársele las lágrimas. Luego de unos instantes se van conteniendo. Entre los restos de la risa agonizante Aurelio consigue barbotar – ¡Che, que van a pensar, estamos de duelo!

- Tenés razón... no sé que me pasó, mirá que reírse de esas cosas...

Dominado el irracional impulso ambos se quedan agotados, silenciosos. Permanecen sentados, quietos, sumidos en sus pensamientos. De vez en cuando se llevan los cigarros a la boca y aspiran una bocanada de humo que luego expelen distraídamente. La habitación se va llenando de humo que asciende hacia la lámpara que cuelga del techo, rodeándola de una bruma blanca y sinuosa.

- Es hora- dice Ricardo con súbita determinación.

- Sí.

El primero se levanta y va hacia la cocina de donde regresa con un botellón apretado en un cesto de mimbre.

- Borgoña, legítimo, me costó todo lo que me quedaba.

- Linda botella- comenta Aurelio- para un final de fiesta.

- Sí, deberíamos conservarla.

El corcho, flojo, es retirado sin resistencia. Ricardo escancia dos copas que por un minuto reposan frente a cada uno. Luego las levantan, sin decidirse todavía a probarlas. Al movimiento las copas se tornasolan y adquieren una extraña vida centelleante. Aurelio rompe el mutismo:

- ¿Sabés?, ¡me hubiera alcanzado con tan poco! Hubiera querido casarme, tener hijos, no me sentiría tan vacío... y a ti, ¿te hubiera gustado casarte?

- Bueno, mientras vivió tía Luisa no, la verdad creo que no –contesta Ricardo-. Estaba ahí y había que cuidarla, recompensarla. A veces me sentía deprimido, no te niego, pero otras estaba contento, te diría que satisfecho. Ahora es distinto, claro, ahora me doy cuenta de todo lo que me falta, pero ya es tarde, no quiero salir y empezar de nuevo, ¡no quiero!

-Pienso que si hubiera tenido una mujer todo sería de otra manera. Decime, ¿alguna vez tuviste una mujer que fuera tuya, sólo tuya?- inquiere Aurelio.

- Sabés bien que no. Sólo tuve aquella novia, hace años, y nunca supe bien por qué dejamos, nunca terminé de entender las explicaciones que me dio.

- Pues a mí sí me hubiera gustado, ¡y cómo!, pero nunca supe hablarle a una mujer, ni siquiera acercarme a ellas, te lo confieso. ¿Sabés adonde iba cuando me hacía mucha falta? ¡Nunca te lo conté porque me daba vergüenza! Iba al quilombo de la calle Magallanes, vos capaz que lo conocés también, ji, ji... había una morocha que me gustaba, Jacqueline se llamaba, iba siempre con ella. Llegamos

a hacernos un poco amigos, charlábamos, esas pavadas claro. Me contaba de sus viajes, había estado en Bariloche, en Río de Janeiro, iba en excursiones y en una decía ser estudiante de medicina, en otra ejecutiva de una empresa de cosméticos, y esa es sólo una parte de sus historias, ¡tenía mucha imaginación, para todo, te puedo asegurar! ¡Me partía la cabeza!. Muchas veces le di vueltas a la idea de invitarla a salir, pero nunca me animé... soñaba que la sacaba de allí, que vivíamos juntos, ¡pero yo ni trabajo tenía! Tía Luisa me daba la plata, sin hacer preguntas, ¡pobre tía!, siempre fue tan especial en sus silencios, tan comprensiva... pero ya no puedo hablar de eso.

Las últimas palabras salieron temblando de su boca, entrecortadas. Inclinó la cabeza sobre el pecho y comenzó a sollozar bajito. Ricardo lo miró con ternura y tristeza, se mordió los labios.

-Aurelio... - dijo, y ya no pudo agregar nada. Tomó la copa y la levantó a la altura de los ojos, brindando.

-Tenés razón – dijo Aurelio, tomando a su vez la copa y llevándola a los labios.

El resto es silencio, o casi. Los hermanos no se dejaron ver aquella semana, lo cual no era tan raro, pero cuando un olor nauseabundo que venía de la puerta del fondo comenzó a invadir el corredor, los vecinos alarmados vinieron a golpear y al no obtener respuesta llamaron a la policía. Cuando llegaron un par de agentes ya se había formado un gentío en las inmediaciones, las evidencias de

lo ocurrido eran claras para todos, la tensión y el morbo se cortaban con un cuchillo.

La demora para tramitar la orden judicial sólo aumentó la excitación generalizada. Cuando por fin llegó, la gente, apenas contenible, se agolpó palpitando una emoción fuerte. Los agentes forzaron la puerta y un olor fétido se extendió rápidamente provocando la repugnancia y una retracción instintiva. Cubriéndose la cara un oficial seguido por dos agentes y un actuario ingresaron al apartamento. En la primera habitación una mesa sobre la cual se amontonaban los restos de una comida y botellas a medio vaciar. Siguieron de largo y entraron a la segunda habitación, que resultó ser un dormitorio. Allí los encontraron, tendidos sobre sus camas, miserables despojos humanos.

La prensa narró el episodio con macabro detallismo, pero muchas son las cosas que pasan en este mundo. Sólo fue noticia un par de días.

OVER GAME

Vio el abanico de luces que brillaban, eligió las violetas y se desvió a la derecha. Justo a tiempo, la bola roja, triturante, se deslizó a su espalda y se perdió raudamente. Tenía diez segundos para llegar a la siguiente intersección. Apretó a fondo los comandos, pero ya en la esquina se vio otra vez en problemas. Tenía tres caminos a elección: a la derecha amenazadoras luces amarillas, al centro un camino llano pero que se perdía tras una lomita que aparecía inocentemente bordeada de flores, por ahí no, la experiencia le decía que era una trampa, que por ese único lugar no visible se aproximaba otro triturador, no esperó a confirmar sus temores, esta vez la izquierda era su única esperanza. Se encontró con un murallón formado por bloques gigantescos, pero que ofrecía huecos como túneles, era cuestión de suerte, alguno de ellos era la salida, otros la perdición. Sentía a su espalda el ruido de los perseguidores, no quiso repetirse y tomó el túnel del medio, ya los perseguidores le mordían los talones, se precipitó por un camino cualquiera, vio unas bolas amarillas y desesperado corrió hacia ellas, las superó en el exacto momento en que cambiaban de color, según pudo advertir con el rabillo del ojo, un segundo más hubiera significado el fin. Al final del túnel percibió una tenue luz blanca que ofrecía una esperanza, quizás sí, quizás esta vez sí, quizás esta vez encontraría el camino correcto, por fin la salida, la salvación, en un instante que sería único y definitivo.

Desechó toda prudencia y se precipitó hacia la luz, el túnel se abrió a ninguna parte, una cámara cerrada de altos muros le negó toda esperanza, se dio vuelta buscando regresar por donde había venido, pero era imposible, los perseguidores ya estaban ahí, vio al demoledor, y sin tiempo a nada se sintió alcanzado, anulado, aniquilado... y saltó en la penumbra de la habitación, una penumbra más cercana y protectora, apenas una luz tenue y rojiza de amanecer escurriéndose entre los visillos de la persiana. Tanteando torpemente consiguió encender la lámpara sobre la mesita de luz y suspiró aliviado al recuperar la conciencia de lo cotidiano. Miró el reloj despertador. Habían pasado casi treinta minutos de la hora en que debía levantarse para iniciar su jornada. No tuvo tiempo de preguntarse que había ocurrido. Insultó bajito al reloj echándole la culpa.

Mientras aceleraba sus ritos cotidianos eliminando los más prescindibles pensó que quizás la pesadilla hubiera sido un mecanismo de defensa, una forma adoptada por el subconsciente para hacerle saltar de la cama antes de que fuera demasiado tarde. Su mujer se movió perezosamente y extendió la mano cálida tanteando la parte vacía de la cama. Se acercó y la tomó suavemente.

-¿Ya te vas?- preguntó mimosa, amodorrada.

- Sí, no te preocupes, seguí durmiendo un rato vos que podés- contestó mientras pensaba en el "baile" que habían tenido la noche anterior. El bebé dormía, agotado después de una noche infernal. El hombre sonrió y acarició suavemente al pequeño mientras pensaba que bien valía la pena. Se arrancó como pudo de esas formas que parecían

querer retenerlo y una vez en su automóvil tuvo un instante para el sueño que había tenido un rato antes. Sonrió para sí mismo, recordando las épocas no tan lejanas en que jugaba al "Pacman" durante horas y horas, tantas que a la noche soñaba con laberintos y pequeños monstruos acechantes.

A veces incluso se despertaba asustado y acezante...

Ahora jugaba otros juegos. Debía avanzar rápido, evitar trampas y descuidos, en ocasiones debía ser a su vez tan despiadado como los monstruos que lo acechaban desde sus sueños. Era el precio que había que pagar y no se cuestionaba por eso. Ni siquiera se detenía mucho a pensar en ello, pronto lo absorbió un pensamiento mucho más apremiante, debía apurarse si no quería llegar tarde.

Si podía aunque fuera llegar en el grupo de los rezagados no llamaría mucho la atención, no se vería cuestionada esa imagen de responsabilidad y eficiencia que se había ganado a fuerza de tanta constancia y madrugones y que le había permitido progresar tan rápido. Imaginó alguna mirada de reojo, alguna sonrisita irónica. Se sintió comprendido en el común de las gentes, juzgado por personas que ya había dejado atrás y no pudo soportarlo.

El tránsito no era intenso todavía, el auto se movió ágilmente por la ancha avenida de acceso a la ciudad. Se desvió unas cuadras antes de lo habitual, buscando una calle poco transitada que le permitiera avanzar más rápido.

Tuvo suerte, los semáforos estaban bien sincronizados, las calles se abrían a su paso, no tuvo que rebajar en ninguna esquina. Ya estaba casi llegando cuando vio que

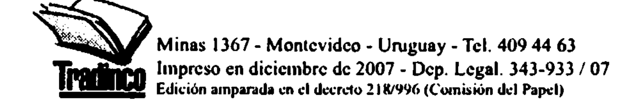
el último semáforo cambiaba a amarillo, ¡estaba tan cerca! Lo dominó ese sentimiento de ansiedad que padece el automovilista cuando cambia la luz justo en el momento en que va llegando al cruce. No lo pensó dos veces y aceleró.

Cierta omnipotencia lo invadía, la calle era suya, el mundo era suyo, su vida era tan perfecta que un simple retraso no podía estropearla. Detestaba esperar ansioso, contrariado, sintiendo el apremio del tiempo, un pie en el acelerador y otro en el embrague, el auto temblando de impaciencia ante una calle transversal desierta. No lo pensó dos veces y aceleró. Pero otro automovilista que seguramente venía calculando que la luz verde lo habilitaría justo al llegar al cruce había decidido lo mismo. Cuando vio al otro auto salir de atrás de un contenedor de basura y unos carteles de publicidad era demasiado tarde para detenerse, iba a cien por lo menos. Dio un volantazo a la izquierda para evitar al bólido azul y se encontró de frente con un camión que venía en dirección contraria cuyas luces parpadearon amenazadoramente. Otro volantazo tratando de salir por la calle transversal y el auto se fue de costado, indominable.

Cuando las ruedas tomaron nuevamente contacto con el suelo salió disparado hacia delante, trepándose a la acera. Por una fracción de segundo pensó que podía recuperar el dominio, clavó el freno pero el auto se deslizó raudamente, vio un hueco entre dos edificios y dirigió el coche hacia allí. Mala suerte, era un breve espacio que remataba en un enorme muro gris. Se estrelló contra el mismo con gran

estruendo de metales y vidrios y tarros de basura. Muchas luces de colores se desparramaron fulgurantes tras el impacto y la explosión. Se aferró a un hilo de conciencia, mientras desesperadamente trataba de saltar nuevamente a la luz pálida de la habitación junto a las presencias cálidas y protectoras de su mujer y su hijo, pero la oscuridad de otra noche lo fue atrapando, y sobre un gran telón negro percibió un instante y luego se apagaron para siempre las luces que repetían el ominoso mensaje, titilante, reiterativo, que tenía grabado en su mente desde aquella madrugada:

"GAME OVER, GAME OVER".



Minas 1367 - Montevideo - Uruguay - Tel. 409 44 63
Impreso en diciembre de 2007 - Dep. Legal. 343-933 / 07
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)



MAURO BARBOZA PEREIRA es Profesor de Literatura, Director de Liceo, ensayista, ajedrecista. Nació en la ciudad de Rivera, pero hace muchos años que reside en Montevideo. Declara que siempre escribió, primero poemas impublicables, luego ensayos, y ya en la madurez, siguiendo el ejemplo de Saramago, ha decidido incursionar en la narrativa.

"Son textos que escribí a lo largo de varios años. Sólo hace poco, en las pausas por suerte más frecuentes que me van dejando el trabajo, la familia y otras actividades, resolví pulirlos y ponerlos a consideración del público. Éste será en definitiva quien determine si es un camino a seguir de aquí en más.

Algunos relatos tienen un matiz autobiográfico, otros se inspiraron en noticias periodísticas o en intereses de momento. Una amiga me advirtió del parecido que tienen algunos pasajes de uno de los cuentos con un relato de Julio Cortázar. Afirmo y juro que no era consciente de ello cuando lo escribí. De todas formas reconozco la influencia de aquellos maestros que han contribuido a conformar mi forma "literaria" de ver el mundo: Cervantes, Conrad, Borges, Bradbury, el propio Cortázar y muchos más. A todos ellos les estoy infinitamente agradecido."


ISBN: 978-9974-8101-0-5
9 789974 810105